

Macario el Viejo

HOMILÍAS

HOMILÍA I

1.1. PREGUNTA: ¿Cómo dice Pablo: *Los pueblos que no tienen ley se tienen a sí mismos por ley*¹? Si no tienen la ley natural, ¿cómo llegaron a ser ley para sí?

RESPUESTA: Esta afirmación requiere una distinción: el hombre interior es oscurecido [por el pecado] y no es oscurecido, es cegado y en parte tiene los ojos abiertos, está muerto y vive en la naturaleza.

2. Nadie puede entrar en la vida² sino a través de muchas pruebas, por medio de un gran entrenamiento, por medio de muchos ultrajes. Así, pues, es necesario que esta vasija³ entre en el reino⁴ entrenada, pues sin entrenamiento nadie entra. Es como un material muy duro. El artesano lo toma y lo introduce en el fuego, luego nuevamente lo saca, lo martilla y lo golpea nuevamente, hasta que esté maleable y haya llegado a ser un vaso precioso y apto para el servicio del Señor. O como la cera, cuando está en el aire frío es dura, pero cuando es puesta en el fuego comienza a ablandarse y hacerse maleable; entonces recibe la marca y la imagen perfecta del sello. 3. Del mismo modo también el alma necesita ser introducida muchas veces en el fuego y ser probada, para que así pueda ser marcada por la imagen perfecta de Cristo y el sello celestial. El ceramista pone los vasos

de arcilla⁵ en el fuego y en el agua y así los prueba; unos resultan útiles, otros se deshacen y son destruidos. Así sucede también con quienes afrontan las pruebas y son sometidos al entrenamiento de la guerra. Hay dos posibilidades: vencen o caen; entonces son destruidos, se alejan de Dios y se vuelven ajenos a la vida. Pero quienes soportando las pruebas y las aflicciones, cayendo se levantan y construyendo son derribados, reciben el premio de la victoria y permanecen de este modo invencibles. Así es, pues, el alma que ha sido entrenada: apenas cae se levanta, derribada construye, hasta que lleva la recompensa.

4. También en el mundo visible muchos niños van igualmente a la escuela; pero mientras algunos de ellos salen indóciles, otros son actores de teatro, otros libertinos, otros cazadores, otros intelectuales o funcionarios. Del mismo modo en los monasterios hay también muchos hermanos y a causa del libre arbitrio algunos de ellos entran en la vida mientras que otros no. 5. Sucede como con la planta, la cual mientras es joven, permanece sin consistencia y no puede echar raíces en la tierra; si un clima duro se apodera de ella, ésta se agota y cuando vienen vientos sobre ella, la sacuden y la echan por tierra. Pero cuando verdaderamente ha echado raíces en las profundidades de la tierra ni el clima ni los inviernos pueden dañarla, porque está enraizada en las profundidades y es fuerte. Del mismo modo también algunos hermanos son aún niños que necesitan una gran pedagogía; otros en cambio son instruidos en el reino de los cielos⁶ y necesitan siempre guías que marchen delante de ellos, hasta que echen raíces en la gracia y lleguen a ser firmes.

2.1. En efecto, los cristianos se elevan por encima de las pasiones y de los demonios, son señores de los espíritus im-

puros⁷, compañeros del esposo⁸, que es Cristo, y herederos de Dios⁹. Ellos alcanzaron la perfección de Cristo, al hombre perfecto, a la medida de la edad [perfecta]¹⁰, y ni las fatigas corporales ni las fiebres ni los demonios pueden dañarlos; son señores de todo y las fieras venenosas se les someten. Así, el primer hombre¹¹ mismo, siendo señor de las creaturas, dominando a las pasiones y demonios, tras la trasgresión vino a ser esclavo de las pasiones, de los demonios, del fuego y de la espada. Pero habiendo venido Cristo, por la potencia del bautismo llegan los hombres a la medida primera de Adán; llegan a ser señores de demonios y pasiones; el [último] enemigo, la muerte, fue puesta bajo los pies¹² de Adán. Es necesario, pues, que el cristiano se aparte de los dardos del mal, busque ser salvado y recibir todas las recompensas.

2. Si un hombre tiene el ojo y el rostro intactos¹³, pero heridas las manos o los pies, tiene dos miembros sanos y los otros enfermos. Es necesario, sin embargo, que el cristiano tenga todos los miembros sanos y salvos. La carrera y el combate¹⁴ del cristianismo, así como su unidad y conducta, están totalmente fuera de este mundo y por ello la mayoría de los hombres no saben qué buscan. Ellos llegan a ser artesanos de la tierra, no miran hacia el cielo ni buscan aprender un arte que pueda hacerlos ascender a los cielos. Y si hallas muchos comerciantes o filósofos, encuentras que ellos son de este mundo. El misterio del cristianismo es empero grande¹⁵ y es buscado sólo por quienes se encuentran fuera del mundo.

3. Como en una ciudad grande en la cual todos son nobles, todos reyes, todos sacerdotes, todos ricos; si sucede que ellos son dispersados cada uno en una patria diferente, los habitantes de aquellas regiones, cuando los encuentren los tratarán como bárbaros y extranjeros, y también éstos a aquellos. Sólo cuando se vean unos a otros reconocerán que tienen la misma lengua y ciudad. Así pues, los cristianos son de otro universo, son ciudadanos de otra ciudad —la de los santos—, de otro mundo —los que están en Cristo son una nueva criatura¹⁶—, de otra sabiduría, son partícipes de otro espíritu¹⁷, de otra alabanza, de otra riqueza, de otra dignidad, de otra voluntad, tienen otro modo de pensar —el de Cristo¹⁸—, son hijos de la luz¹⁹, hijos del Esposo²⁰, hijos de la consolación²¹, hijos de la nueva alianza²².

3.1. Verdaderamente las realidades incorruptibles e imperecederas de los cielos son desconocidas por muchos. Supón que hay un rey que no es de este mundo, un rétor o filósofo que no es de este mundo. Pero si pertenece a aquel mundo, conoce su lengua y es partícipe de aquella sabiduría; porque éstas no se encuentran, no existen ni pueden ser descubiertas verdaderamente de manera real y con potencia, ni a partir del cielo ni a partir de la tierra, porque todo lo que es visible²³ es imaginación e ilusión de los ojos.

2. ¿Por dónde hay que pasar para alcanzar la vida? Por medio de muchas pruebas. A nadie le es permitido entrar en la vida²⁴ si no pasa por el camino escabroso²⁵ y por lugares terribles. 3. Como la oscuridad recubre la atmósfera,

así la potencia de Satanás ha llenado los corazones de [los hijos de] Adán y el humo recubre todas sus voluntades. Pero hay amigos de la verdad que, a pesar del humo, se empeñan en oponerse y luchar. Sin embargo no llegan fácilmente a la meta, sino sólo mediante una gran carrera y combate. Ellos son mejores que los que no luchan.

4. Igualmente, muchos hermanos, alcanzando un pequeño reposo y habiendo crecido en la gracia, se alzan, se envanecen y consideran haber llegado a la libertad, llamándose a sí mismos perfectos. Ellos son saqueados por el mal y no lo saben. En efecto, nada destruyó la raza de los cristianos sino el orgullo; porque la serpiente engañó a Adán, con el *seréis como dioses*²⁶. Lo divino se opone absolutamente al orgullo. El signo del cristianismo es éste: al que ves hambriento, sediento, pasando fatigas, pobre en espíritu²⁷, humillado a sus propios ojos, buscando continuamente de noche y de día, ése permanece en la verdad²⁸. Pero si alguno está saciado y no necesita ya nada, sino que es rico, tal hombre es miembro del error, como está escrito: *Ya estáis saciados, ya enriquecidos*²⁹ y también: *Ay de vosotros los ricos*³⁰ de este mundo; sin embargo se refiere también a quienes están persuadidos de ser algo³¹. A Dios sea la gloria.

HOMILÍA III

1.1. Un madero desarmado, una cruz sin hierro y un cuerpo muerto vencieron y dieron muerte al diablo y a sus ángeles¹. Por sus propias armas el más fuerte, venciendo al combatiente fuerte², le dio muerte. Y ahora viene a toda alma que lo busca de verdad; y acercándose al alma quiebra y destruye el poder de las tinieblas que había encarcelado y sujetado al alma.

2. El alma debe tener el mismo deseo y amor ardiente³ por el esposo que le ha sido preparado⁴, Cristo, que la mujer prudente y amante de su esposo tiene por él cuando lo ve frecuentemente en la cárcel, encadenado o en otro castigo; a causa de su amor por él parece estar encadenada y sufrir con él, y su amor le hace sufrir más cruelmente que el detenido mismo.

3. Así como María⁵, de pie ante la cruz del Señor, lloró lamentándose por el aguijón del deseo y parecía crucificada con Él; así también el alma que ha amado al Señor y ha concebido un ardiente amor por Él y se esfuerza en estar unida en verdad a Cristo, su esposo, debe sufrir con Él; teniendo siempre ante los ojos y recordando los estigmas que a causa

de ella le fueron realizados, todo lo que por ella sufrió el Impasible; y cómo el que está por encima de todo castigo fue castigado a causa de ella, y cómo siendo en forma de Dios, tomó la forma de esclavo⁶; y así [el alma debe] sufrir en todo y estar encadenada con Él, pues así también será glorificada junto con Él .

4. Y lo mismo que entonces por la potencia de Dios la piedra fue hecha rodar del sepulcro⁸ y María vio al Señor⁹, del mismo modo por la potencia y la visita del Espíritu Santo la piedra que está sobre el alma, el velo¹⁰ del pecado, es hecha rodar y quitada del medio y el alma es hecha digna de ver el rostro de Cristo y de reposar en su espíritu, rescatada y liberada de la piedra del pecado que estaba sobre ella. 5. En efecto, toda alma que ama al Señor es atribulada por los demonios malvados que la combaten y no le dejan avanzar hacia Cristo, el Dador de vida. Esto se produce con el consentimiento y el permiso de Dios. Él la prueba para ver si verdaderamente ama al Señor, si persevera en el propósito a pesar de las penosos sufrimientos o si, por el contrario, relajándose lo reniega, rechazando la fatiga del camino y huyendo del combate contra los espíritus del mal¹¹; o si perseverando incluso por largos años, y quebrada por las tentaciones del mal, se decide por el Señor con gran confianza¹², juzgándose abandonada e indigna de auxilio alguno.

2.1. El Señor, habiendo contemplado el coraje del alma y su paciencia en las tentaciones y que, tentada, fue hallada irreprochable¹³, se le aparece en su bondad. Manifestándose a sí mismo, iluminándola con su luz superluminosa y

llamándola hacia sí, dice: *Ven en paz, amiga mía*¹⁴. Ésta, corriendo hacia Él, lo llama y le dice: *¿Por qué, Señor, me abandonaste tanto tiempo a que sufriera tanto y fuera ultrajada por mis enemigos? Los guardias que hacen la ronda por la ciudad me encontraron buscándote y me molestaron*¹⁵. Pero el Señor, lleno de una luz inefable, le responde persuadiéndola, consolándola y diciéndole: *Tienes razón. Ven en paz, amiga mía, bella mía, paloma mía*¹⁶. 2. Disputa con ella mostrándole las marcas de los clavos y diciendo: Éstas son las marcas de los clavos, éstos los latigazos, éstos los golpes, éstas las heridas. Todo esto lo sufrí por ti que fuiste herida¹⁷ con tantas heridas y arrastrada en dura esclavitud por numerosos enemigos. Yo en mi amor a los hombres¹⁸ vine a buscarte y liberarte; porque desde el comienzo te hice imagen mía y te creé para ser mi esposa; por ti ha sufrido el Impasible; por tu rescate el que está por encima de las injurias soportó numerosas injurias. 3. Y tú, que a causa tuya estás poseída por tantos males y sumergida en tan grandes tinieblas, ¿no debes acaso sufrir y ser afligida? Así, disputando pacíficamente y conversando le muestra al alma que Él mismo le concedió soportar las aflicciones, la fortificó en las pruebas y la animó ocultamente.

3.1. Habiendo escuchado esto el alma comprende que no tiene nada propio, sino que todo lo ha recibido del buen y hermoso Esposo¹⁹. Y reconociendo de todo corazón el propósito, el amor y la voluntad que Él le dio, responde y dice: «He aquí, Señor, mi cuerpo casto, he aquí mi alma pura, tómame entera, escóndeme a tu derecha²⁰ y hazme reposar en tu seno».

2. El Señor se le muestra bajo un doble aspecto: en sus estigmas y en la gloria de su luz; el alma contempla los sufrimientos que sufrió por ella, y contempla también la gloria superluminosa de su luz divina. El alma es transformada en esa misma imagen, de gloria en gloria, según la acción del Espíritu del Señor²¹. Y progresando en ambos aspectos, en el de las llagas y en el de la luz gloriosa, olvida de algún modo su naturaleza, tomada por Dios, fundida y mezclada con el hombre celeste²² y el Espíritu Santo, hecha espíritu también ella. 3. Es como si un mendigo sumamente pobre que va de puerta en puerta para obtener su alimento cotidiano²³, llegara a ser rey de la noche a la mañana. La felicidad que tiene entre manos le hace olvidar su pobreza. Así también el alma, enriquecida con la riqueza celeste, no recuerda ya su pobreza primera. Si Cristo, que es en forma de Dios, olvidó en cierto modo su dignidad, tomando forma de esclavo y llegando a ser semejante a los hombres²⁴, cuánto más el alma que ha recibido la esencia, la potencia y la naturaleza divina, olvida su vergüenza primera.

4.1. Supliquemos, pues, al Señor y esperemos que se manifieste en su amor y nos libre ya desde ahora de las tinieblas, para que de este modo también en la resurrección nuestro cuerpo de debilidad brille con la luz que reside en el alma y lo ilumine; y sea él mismo glorificado junto con el alma. El Señor está cerca²⁵ de nosotros a condición de que lo busquemos con un corazón sincero. 2. Todo el que escucha estas palabras que espere recibir la Palabra sustancial y aprenda de ella toda justicia. Mira tú, que esperas here-

dar a Dios y que tu alma sea unida con el Espíritu del Señor, cuál es la conducta y seriedad de vida que debes tomar y cómo conducirte y comportarte. Todo esto, en cuanto está en tu poder, debes hacerlo y mostrarlo. Amén.

HOMILÍA IV

1.1. Hay un mundo perfecto y hay un mundo imperfecto. El mundo imperfecto y pasajero tiene muchas imágenes semejantes a las del mundo perfecto y eterno. Aquí abajo hay un palacio y un rey vestido con púrpura y ceñido con una corona de piedras preciosas. Sus servidores y guardias –algunos viven en el palacio, otros son funcionarios o poseen otra dignidad– están también vestidos con ornamentos brillantes y preciosos. En el cielo hay un palacio y el rey Cristo [está] vestido con la púrpura real. Allí le sirven los nobles, los funcionarios y dignatarios. Y también ellos revisten la misma gloria y ciñen coronas de piedras preciosas, pues está escrito: *Has puesto sobre su cabeza una corona de piedras preciosas*¹.

2. Hay en esta tierra muchos guerreros y generales que combatieron y vencieron en muchas guerras y tomaron de sus enemigos miles de trofeos. También allí se encuentran muchos hombres valientes y guerreros que han vencido al diablo y a sus ángeles² y van progresando. 3. Hay en el palacio visible de los romanos hombres de alto rango liberados de toda turbación y combate. Nadie los fuerza a tomar las armas o entrar en combate; son los llamados eunucos reales. Son honrados por todos los hombres y amados por el rey mismo; a ellos les ha sido confiada la púrpura, algunos

llevan la diadema, otros otra insignia real. También en los cielos hay hombres honrados por el rey celeste, los verdaderos eunucos que han salido castos³ y han sido purificados del combate del pecado. Les fueron confiadas las ciudades benditas que tienen paz y reposo, y están situados por encima de la púrpura real y los tesoros celestes. Ellos están totalmente liberados del combate y viven ya desde ahora liberados de toda preocupación⁴.

4. Hay, según nuestro ejemplo, artesanos y sabios, y también allí abajo sabios que han sido hechos sabios por la sabiduría espiritual del sapientísimo Cristo. Tienen vestidos luminosos y una riqueza espiritual que jamás pasará. Por esto la obra de los cristianos es más preciosa que toda invención y toda empresa de la carne. Pues realizan una obra divina que el mundo no conoció.

2.1. Un intelecto difiere de otro intelecto y un hombre es más precioso que otro hombre. Y todas las cosas visibles me parecen opuestas y extranjeras a las inteligibles. Hay pues un intelecto que marcha y corre hasta el cielo y anda por el camino de sus pensamientos puros y alcanza por él los senderos y caminos preparados para los santos en los cielos. Hay otro intelecto, en cambio, que se arrastra sobre la tierra y por los caminos de la carne. Hay un intelecto carnal y hay un intelecto espiritual. Y el intelecto espiritual difiere en mucho del carnal.

2. Como los animales alados se elevan con un vuelo ligero y atraviesan el aire con la ayuda de sus alas. El aire mismo los aligera porque batiendo las alas atraen a sí como una corriente aérea que sostiene y colabora con su vuelo. Los que carecen de alas, por el contrario, permanecen terrestres; aunque desean elevarse a los aires, no pueden. Así

el intelecto que ha sido purificado y ha adquirido alas espirituales, usando un gran impulso se eleva en el cielo, atraído hacia el aire de la divinidad. Pero el intelecto feroz, salvaje y material se arrastra por la tierra buscando los lugares desiertos, no pudiendo aprehender ni conocer el intelecto que mencionamos anteriormente.

3. Hay especies de árboles que no pierden sus hojas ni en verano ni en invierno, sino que siempre están revestidas y adornadas con flores como el olivo, el ciprés y otros semejantes. Otros se desnudan y despojan de sus hojas en invierno. Este ejemplo conviene a los cristianos, que fueron llamados árboles por la Escritura⁵ y que no pierden jamás la belleza y la magnificencia de sus hojas⁶, ni sacudidos por vientos salvajes, ni tomados por sequías estivales, sino que siempre revisten la gloria del Espíritu. Esto es lo que dice la Escritura: *Dará su fruto a tiempo y su follaje no caerá*⁷. Hay otros sin embargo que tienen el intelecto más ligero; por la debilidad que surge de las tentaciones, de los inviernos y de los vientos no se oponen ni resisten.

3.1. Los que son espirituales según el pensamiento son enemigos de los carnales. Del mismo modo que los que viven en las aguas no soportan la vida sobre la tierra, sino que apartados de las aguas perecen, así también los que habitan la tierra huyen la vida en las aguas, detestando la vida en las profundidades. Del mismo modo los cristianos, turbados y arrastrados por los asuntos de este mundo, son oprimidos y de algún modo parecen ser ahogados. Así los hombres carnales, apartados de los asuntos materiales y forzados a dedicarse a los asuntos espirituales, sufren vértigo,

son oprimidos y se ahogan. Por ello son muy escasos los valientes que llevan su obra a término en la paciencia⁸. Es necesaria una gran audacia y fuerza para buscar a Dios en el tiempo presente⁹.

2. Como los más rápidos de los pájaros usando su vuelo ligero se ponen por encima de las trampas y se burlan de los ardides de los cazadores, así también el hombre con espíritu sagaz y pensamientos penetrantes escapa de los ardides y trampas del diablo. Muchos espíritus oprimen al alma y la atraen hacia todo lo que se arrastra sobre la tierra; ocupan el intelecto y lo hacen vagabundear. Por ello el cristiano debe ser como un atleta y un combatiente.

3. [Debe ser] como un hombre extranjero e inexperto en los asuntos de una ciudad, que, habiendo emigrado a una ciudad turbada y muy poblada, no confía en su propia inesperienza y debilidad, y corre a obtener un protector¹⁰ experimentado que pueda rechazar la violencia de la multitud. Corre para echarse a los pies del magistrado. Sin distraerse va por un camino recto. Pero si, en cambio, se distrae por negligencia, es llevado por las multitudes en la ciudad, se aleja y sale; entonces quedará privado del socorro. Si, por el contrario, se empeña, no mide los esfuerzos y se ciñe con fuerza la cintura¹¹, quiebra la violencia de la multitud y alcanza al protector, entonces llega a ser digno de su auxilio.

4. Ésta es la situación de las almas de los hombres, que han sido llamadas ciudad de Dios¹². Tienen en las plazas una multitud de espíritus, las avenidas del intelecto y del corazón están llenas de pensamientos, pero han recurrido a su Señor y defensor Jesucristo, el prudente y el que concede las grandes dignidades. Por ello también las almas con

mucha audacia y coraje deben dispersar y disolver el tumulto de las multitudes que las oprimen. Así pueden elevarse e ir al seno bendito de Cristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VI

1.1. Los que salen del mundo¹ aman la pobreza y se vuelven extranjeros a la unión carnal y a todas las realidades visibles que están en el mundo, desprecian la gloria de lo que parece ser grande en la vida, permanecen en la pobreza y están atentos al Señor, tienen una hermosa visión² y se han propuesto un fin bueno y virtuoso. Ellos se empeñan en entrar en la gloriosa ciudad de los santos, en la patria celeste, en las construcciones y moradas no realizadas por mano de hombre³. Y puesto que su intelecto ya aquí está atento a ello, como si ya hubiera entrado y hubiera sido glorificado, siendo herederos, así están consagrados interiormente a las realidades futuras por su hermoso proyecto y fin, viviendo aún en la carne; mientras están en este mundo aspiran a entrar en la ciudad, cuyo artesano y creador es Dios⁴. 2. En efecto, las construcciones de este mundo están arruinadas y no tienen cimiento firme. En la consumación de este mundo⁵ todas sus obras y construcciones serán destruidas. *El cielo se enrollará como un libro, y la tierra pasará*⁶. ¿Dónde, pues, estarán las glorias y grandezas de esta vida cuando llegue el tiempo que las destruye? Reúneme la riqueza, el oro, la plata, las propiedades y toda la belleza y la seguridad de la

riqueza y empieza a construir una ciudad con ellas. Construye con la sabiduría, la gloria, las dignidades, los poderes, el muro de la ciudad, y toda la belleza de este mundo. Cuando termines la ciudad, ella no tendrá ni firmeza ni solidez. Pues los fundamentos del muro están arruinados y se caen, y todo lo que hay en la ciudad se corrompe y desaparece. Así es toda la variedad de este mundo en vías de ruina y desaparición.

2.1. Vosotros, en cambio hacéis bien edificando construcciones indestructibles y que no se arruinan; pues os esforzáis en colocar vuestro fundamento sobre la roca⁷ y el fundamento construido sobre la roca no cae jamás. La Escritura dice en efecto: El reino de los cielos es semejante a un hombre sabio⁸ *que cavó, profundizó y colocó el fundamento sobre la roca; cuando vino la creciente*⁹ y cuando los vientos la asaltaron *no cayó, porque está fundada sobre la roca*¹⁰. 2. ¿Cuál es esta construcción no hecha por mano de hombre? Las almas fieles que aman al Señor, pues están construidas por el sabio arquitecto Jesucristo¹¹ sobre la roca¹², sobre el mismo Señor, sobre su palabra vivificante, sobre la potencia divina, sobre el Espíritu Santo. ¿Cuáles son las piedras? Los pensamientos puros y buenos de la naturaleza de Adán, pues se asemejan a la piedra celeste y están edificados según su medida. ¿Qué dice la Escritura? Hasta que lleguemos *al hombre perfecto, a la medida adulta de la plenitud de Cristo*¹³. 3. Pero hay otra construcción sobre la arena¹⁴, las almas pecadoras, el intelecto mundano, los que son llevados por las pasiones de la carne. Ellos construyen sobre el pensamiento malvado, sobre el espíritu del diablo.

¿Cuáles son las piedras? Los malos pensamientos que aman los placcres del pecado. Esa construcción sobre la arena está arruinada y disuelta.

3.1. Los que en el tiempo presente llaman a la puerta¹⁵ y consideran las realidades futuras como presentes son mucho más inteligentes. Considerando la corrupción y disolución de este mundo, desprecian la unión carnal, sabiendo que después de ésta vendrá la disolución de los cuerpos. Considerando incluso la corrupción y desnudez a las que está sujeta la riqueza visible, desprecian todas las cosas visibles; recordando las condenaciones que acacieron a los pecadores y los diferentes castigos que les vendrán, permanecen en la solicitud y el temor, y fortifican sus almas para no caer en la gehenna y [sufrir] tormentos.

2. Consideran también la ciudad de los santos y sus dignatarios, nuestros padres, los profetas, los apóstoles, los mártires, y las bellezas celestes y las glorias divinas que revisten los santos por su bello propósito. Están en este mundo, pero están en él como gozando ya allí de aquellos bienes. Y estando en este entrenamiento se asemejan a su padre celeste, puesto que, después de la trasgresión, el bien y el mal brotan del hombre mismo¹⁶. Aquellos hombres tomaron la delantera e hicieron la guerra a la maldad; pidieron a su padre celeste un arma y con ella hicieron la guerra, vencieron y extinguieron los dardos incendiarios¹⁷ del pecado.

3. Por ello donde ellos entran, los ángeles desean mirarlos¹⁸; sobre sus cabezas han colocado preciosas coronas¹⁹. Los ángeles empiezan a decirse uno a otro: «¿Quiénes son estos que han sido hechos dignos de tal gloria y de tales co-

ronas y que son introducidos en lugares más honorables que nosotros?». El Señor les dice: «Con justicia son honrados más que vosotros, pues ellos son quienes por mi nombre²² y mi mandamiento salieron del siglo y despreciando este mundo, se hicieron pobres, fueron injuriados, burlados en aquel mundo, combatidos por Satanás, y han combatido y luchado contra él y no fueron derrotados por él. Fatigándose y llenando sus ojos con lágrimas noche y día me sirven, los que cargan el ultraje de la cruz sobre sus hombros y mi pasión en sus cuerpos».

4. El Señor acoge tales almas y las ofrece al Padre diciendo: «Éstas son las vírgenes puras que han obedecido tu mandamiento, recíbelas en los brazos de tu Espíritu y en el seno bendito de tu luz. Pues por ellas doblé las rodillas sobre la tierra y llené mis ojos con lágrimas²¹ diciendo: "Padre santo, santifícalos²² y presévalos del Malvado"²³, para que lleguen a ser con nosotros un solo cuerpo y un solo espíritu²⁴. No sólo entonces y por ellos solos te supliqué y oré, sino por toda la iglesia de los santos (pues si Dios se mostró longánime y conservó el mundo fue por ellos, por los que llegarían a ser sus servidores y serle agradables, y con ellos la iglesia celeste colmará su reino pacífico)».

5. Y el Padre se regocija en ellos diciendo: «*Heredad el reino preparado para vosotros*²⁵, yo y mi Hijo seremos con vosotros un espíritu y una comunidad»²⁶. Y conduce tales almas al reposo, hacia los tronos gloriosos y hacia la felicidad. El ejército de los ángeles que está con ellos da testimonio de ellos, que combatieron y perseveraron en la verdad y ofrecieron sus oraciones, ayunos y vigiliass al Señor.

4.1. Permanciendo en la pobreza, atraeos por esta pobreza la riqueza celeste. Pues entrenando vuestros cuerpos en el dormir sobre la tierra, en las genuflexiones, en la oración, seréis mejores que los que viven en la púrpura. Pues éstos no sirven al Señor; vosotros, en cambio, en vuestra austeridad y en vuestro alimento que parece forraje vais a adorar y glorificar a Dios. Estando en esta pobreza y desnudez, no os desaniméis, teniendo como modelo y fin al Señor que así ha recorrido el camino.

2. Cuando fatigues y canses tu cuerpo, acuérdate del cuerpo del Señor, cómo fue golpeado por Pilatos²⁷ y se fatigaba en los caminos²⁸. Cuando te falte casa, acuérdate que el Señor de las creaturas habiendo venido a la tierra dijo esto: *Los zorros tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde inclinar la cabeza*²⁹ y reposar. Cuando camines, acuérdate que los pies del Señor estaban llenos de polvo en el tiempo que pasó sobre la tierra, salvo una sola vez, a causa de la profecía, cuando se sentó sobre un asno³⁰. Cuando llenes tus ojos con lágrimas³¹, acuérdate que el Señor lloró tu caída, orando ante el Padre con fuerte grito y muchas lágrimas, para que seas arrancado de la muerte. Cuando los hombres se burlen de ti, presta atención a sus bofetadas y a sus golpes³², y soporta en tu humildad. Del mismo modo acostarse sobre tierra no es más duro que la corona de espinas colocada sobre su cabeza³³.

3. Así todos los ángeles y los ejércitos de santos se regocijan por el Esposo y la esposa con trompetas y cítaras. Como en las bodas de un rico de este mundo, a las cuales

concorre toda la ciudad y el pueblo, los mediadores se apretujan alrededor del esposo y la esposa. Así también toda la Iglesia celeste concurre, es el alma que se une en comunión con el esposo celeste.

4. Así como en verano cada uno espera cosechar lo que sembró en la estación anterior y recibir de la tierra los frutos, así también si alguno ha obrado algo en el tiempo presente, eso mismo le saldrá al encuentro en el reino de los cielos. Porque hay cristianos de palabra y cristianos de obra. Oremos para que las palabras que pronunciamos se realicen en obra y potencia y en toda su plenitud. Porque la experiencia es mucho más firme que lo que queda en meras palabras. Gloria a la compasión de Cristo y a su infinita misericordia, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VII

1.1. Como el animal previsto para alimento de los hombres debe primero ser sacrificado, y luego deben ser quitados piel y pelos; y así, una vez abierto, es vaciado de los excrementos que están dentro del vientre¹, y además se limpian detenidamente y con agua los excrementos más ligeros y difíciles de limpiar, contenidos en la llamada segunda cavidad abdominal y ocultos en los pliegues de esta segunda cavidad; es entonces cuando las carnes entregadas al fuego y cocidas paulatinamente llegan a ser agradables al gusto y sirven así como alimento y disfrute del señor de la casa.

2. Del mismo modo también el cristiano, retirándose del mundo y como muerto respecto a su primera y malvada vida, es despojado del mundo como de una piel con pelos y sangre; pero al mismo tiempo tiene aún dentro de sí los fétidos excrementos de los malos pensamientos, el recuerdo de sus malas obras, las pasiones manifiestas y viles, y otras más sutiles y huidizas, difíciles de reprimir. 3. Es necesario que el que desea llegar a ser un cristiano perfecto muera a sí mismo, a las obras malvadas del mundo que practicaba anteriormente, y sea despojado exteriormente de este mundo como de una piel con pelos mediante un perfecto apartamiento y una renuncia total; y luego, una vez abierto, es decir por la visita de la gracia divina, limpie el excre-

mento de los malos pensamientos que están dentro del corazón, de un doble modo: las pasiones manifestas y las más sutiles y huidizas. Entonces, consumido por el fuego celeste del Espíritu Santo, abandonada toda la crudeza de su voluntad, recibe toda la perfecta transformación que le hace útil y dulce en la mesa celeste para el disfrute del rey celestial y heredero del reino, como dijo el Señor en el Evangelio: *Mi alimento es que haga la voluntad del que me envió y perfeccione su obra*².

2.1. Sin embargo, así como antiguamente en la Ley se examinaba detenidamente al cordero³, una vez que estaba listo para el sacrificio, y por medio de la unción del animal con la grasa derretida por el fuego, era ofrecido a Dios como holocausto de agradable aroma⁴, así también ahora el alma que quiere ofrecerse a sí misma y a su cuerpo como sacrificio vivo y santo agradable a Dios⁵ es examinada detenidamente por el sumo sacerdote celeste Cristo. Si tiene la opulencia del Espíritu que se adquiere por medio de las hermosas leyes y enseñanzas de la gracia y de las virtudes, por medio del fuego espiritual es presentada realmente al Padre celeste por el verdadero sumo sacerdote Cristo, como un holocausto y una víctima viva⁶, una vez que ha sido juzgada digna de ser heredera de los bienes eternos.

2. Es necesario que cada uno se examine y pruebe a sí mismo en todo, si vive según la palabra de verdad y sigue las huellas⁷ del Señor —o bien que juzgue ser probado por hombres espirituales⁸—; y busque siempre a quienes predican la palabra de verdad y poseen el cristianismo en obra y

verdad⁹. 3. Pues cuando a los hombres se les dan muchas copas para beber, resulta claro cuáles fueron mezcladas con vino gustoso y cuáles están sólo llenas con agua, porque las mezcladas con vino procuran al que las bebe agradable sabor, fuerza y alegría. Así también en el mundo muchos dan de beber a los hombres por medio de palabras variadas y sabias. Ellos son los que alegran el alma con una alegría celeste, conduciéndola hacia una buena transformación; los que hablan en el Espíritu Santo¹⁰ y [están] sazonados por la gracia¹¹, los que hacen resonar la voz viva del corazón y para dar de beber a la multitud no se derraman en charlatanería y ruido de labios, sino que procuran, al alma que los escucha, potencia y alegría celestes por medio de la gracia que habla en ellos. Ellos transforman a los hombres en una santidad semejante a la gracia. 4. Así hay que examinar y buscar, como hemos dicho, a los que hablan desde un corazón vivo en el Espíritu, y perseverar con aquellos de quienes se puede sacar provecho según Dios; a los verdaderos sabios, en el Señor y no en el mundo, acerca de quienes se ha dicho: *Si ves [un ángel], madruga para él y que tu pie gaste los escalones de su puerta*¹²; con el tiempo aquellos que son obedientes podrán asemejárseles, perseverando junto a ellos.

3.1. En este mundo hay muchos que poseen en su casa oro en gran cantidad y no todos lo saben. La mayoría vive modestamente sin jactarse ni de sus propiedades ni de sus casas ni de sus muchos muebles, ni de sus servidores ni de sus animales. Así, con toda seguridad tienen oculto su tesoro. Hay muchos otros, en cambio, que no tienen nada de oro, pero por su habilidad en pintar numerosos muebles y

casas, hacen creer que poseen mucho oro; engañando por su charlatanería a muchos, son considerados ricos¹³, siendo en verdad pobres e indigentes.

2. Así también entre los cristianos hay quienes han adquirido en sí el tesoro celeste del Espíritu con potencia y no son visibles a todos, sino que se ocultan, viviendo modestamente, no queriendo que se sepa lo que son. Hay otros, en cambio, que a causa de unas pocas virtudes aparentes (ayunos o vigiliass o vida en el recogimiento¹⁴ o palabra de sabiduría¹⁵ o por otras semejantes) quieren ser considerados espirituales, sin tener la operación y la potencia del Espíritu.

3. Si, según el ejemplo, el que tiene oculta su gran riqueza quisiera transportar una parte del oro, compraría a poco precio todos los recursos de aquel que se muestra como si fuera rico y quiere que se lo tome por lo que no es. Pero si descubriera su riqueza y la hiciera manifiesta a todos, muchos serían cogidos por el estupor e incitados a un gran celo contra él. ¿Cómo el que es considerado por todos como pobre ha adquirido tan gran riqueza? Y empezarían a imponerle numerosos servicios públicos y cargas; igualmente incluso los ladrones y bandidos lo vigilarían noche y día para matarlo y quitarle su riqueza; de todas partes le acecharían peligros, cargas, aflicciones imprevistas, porque no recibió del rey dignidad o poder alguno.

4. Por eso el hombre prudente que tiene mucho oro oculto y no ha recibido dignidad oficial, oculta con gran empeño su riqueza, para que no suceda que conocida por todos, sucumba a la envidia de muchos o pierda por las insidias de los hombres junto con su riqueza la propia vida. Si en cambio recibe de mano del rey la dignidad de un poder,

ese tal hombre, aunque se revele la riqueza de su tesoro, no tendrá miedo, sino que por el contrario se gloriará en ello: comprando grandes propiedades y construyendo casas suntuosas, adquiere con su tesoro una multitud de servidores y miles de animales diferentes; no teme los ataques de los ladrones, pues ha recibido del rey el poder de la espada contra los conspiradores y malhechores. Y así, por medio de su dignidad, reúne riqueza sobre riqueza y oro sobre oro, agregando muchas propiedades, hasta no llegar a conocer la totalidad de sus bienes.

4.1. Así también el cristiano que encuentra en sí un carisma espiritual y goza con el consuelo de la gracia divina, debe ocultar cuidadosamente en sí el consuelo del Espíritu o el conocimiento de los misterios celestes para que no suceda que, vanagloriándose y mostrándolo a sus cercanos, caiga en la envidia del mal y sea saqueado ocultamente por los ladrones invisibles bajo cualquier pretexto. Será robado hasta que sea designado por el rey celeste para alguna administración de la dignidad espiritual. Pues los administradores de los misterios de Dios¹⁶, los que verdaderamente pueden beneficiar a las almas y han sido encargados de ello por el Espíritu, ellos poseen constantemente la riqueza celeste y la imparten con autoridad¹⁷, sin jactancia ni vanagloria. Así —dice [el Apóstol]— *hablamos, no para agradar a los hombres, sino a Dios que prueba nuestros corazones*¹⁸, y también *hablamos ante Dios en Cristo*¹⁹.

2. Con tan gran desco deben los cristianos tender a los mejores y mayores carismas²⁰ del Espíritu, siendo insaciables en cuanto a la riqueza celeste y teniendo así hambre y

sed de justicia²¹. Ésta consiste en la perfecta e inmutable caridad del Espíritu²². A ella exhorta y anima el bienaventurado Pablo a quienes poseen los grandes carismas, a no detenerse en los dones del Espíritu que han adquirido, y a esforzarse, con una gran súplica, por adquirir lo que ya no puede caer²³, es decir la perfecta e inmutable caridad del Espíritu. Ella tiene en sí todos los carismas. Es más, ella es revelada por el Apóstol a los discípulos como el camino por excelencia²⁴. 3. Para quienes han alcanzado esta medida, las pasiones del mal son abolidas (como dice: *La caridad no envidia, no se infla, no hace nada inconveniente, no busca su interés, no cuenta el mal*²⁵, etc.). Y la fuente viva del Espíritu brota en ellos incesante y permanentemente desde el abismo de la divinidad, como está escrito: *El que bebe del agua de la cual yo le daré, en él llegará a ser una fuente de agua que se transforma en vida eterna*²⁶, que rapta al intelecto continuamente hacia los inefables misterios²⁷ celestes y lo hace volar de gloria en gloria²⁸, de mundo en mundo, de misterio en misterio, de potencia en potencia²⁹, de reposo en reposos inenarrables, de virtud en virtud, de luces supramundanas en luces supracelestes.

5.1. Y el pensamiento de tal alma, ocupado totalmente en las cosas divinas y mejores, se encuentra inflamado por un ardiente amor³⁰ espiritual y por un deseo³¹ sublime de las gloriosas y luminosas bellezas del Espíritu; es herido por un deseo insaciable por el Esposo celeste y, por decirlo así, indiferente a las realidades inferiores, tiene el deseo [pues-

to] en las realidades mejores y mayores que ya no puede ser expresado por la palabra ni ser iluminado por el pensamiento humano. 2. Y es así como el hijo o la hija del rey rechaza los objetos preciosos de sus progenitores y busca los más valiosos; por ejemplo, en lugar de platos de plata busca los de oro; en vez de vestidos resplandecientes, preciosos y enteramente de seda, buscará vestidos adornados con piedras y bordados de oro; en vez de un vino antiguo³² y excelente, desea uno más antiguo y más precioso; por su desecho de las cosas mejores desprecia incluso lo que es valioso, como si no tuviera valor, buscando de sus padres lo que es aún mejor.

3. Así las almas verdaderamente regias, que han sido juzgadas dignas de alcanzar el espíritu real y guía³³, han recibido en sí la inmutable potencia del amor y han sido heridas por un perfecto amor ardiente³⁴ al Esposo celeste, y no se turban ya por las pasiones del mal. Con gran esfuerzo, vigor y tiempo, y un perfecto combate³⁵ por medio de la fe, han sido liberadas de las pasiones por el Espíritu; son siempre raptadas hacia los misterios celestes del Espíritu y absorbidas por las diferentes bellezas de la divinidad y buscan con gran deseo los bienes mejores y más grandes. En efecto, la divinidad del Espíritu tiene diversas y variadas bellezas inefables e impensables que se manifiestan a las almas que son dignas, para su encanto, alegría, vida y reposo; apartan de la tierra la mirada del alma santa, herida por un amor ardiente siempre más violento y más inflamado por el Esposo divino, y la entregan totalmente al desecho que tienen de Él.

6.1. El alma cristiana llegada a ser partícipe de la gracia no debe detenerse y sentirse satisfecha como si ya hubiera

atrapado³⁶ algo, sino debe más bien fijar su mirada sobre el fin que el Apóstol refirió anteriormente, esforzándose siempre en alcanzar, con gran combate y labor por medio de la fe, la perfecta caridad del Espíritu que nos fue prometida y que *expulsa el temor*³⁷, como ha dicho Juan. Debe tener siempre hambre y sed de justicia³⁸ y considerarse siempre como principiante a causa de la extraordinaria riqueza del Espíritu prometida a los creyentes, para que el alma piadosa, teniendo así el gran deseo de los bienes mejores, no pierda los bienes adquiridos, sino que reciba los bienes que aún no tiene. El cristiano no debe buscar ocasiones para sustraerse a la fatiga, como un mercenario o un esclavo, sino que, como hijo y heredero³⁹, debe servir a su Padre con todo su afecto y ardor hasta el fin. Así será heredero de los bienes paternos.

2. Porque todos en este mundo parecen gozar de la vida, desde el rey hasta el mendigo, y cada uno está persuadido de que vive. Pero si comparas la vida y el lujo de los ricos con los del pobre, encontrarás una gran diferencia. Según el gozo del refinamiento de las diferentes comidas, de los vinos, de las vestiduras, del oro y de la plata y del resto de sus bienes, encontrarás que el pobre, comparado con el rico, es como un muerto. En efecto, el rico palpa con sus manos sólo el oro y cuenta las monedas; el pobre, en cambio, si encuentra en la basura incluso una monedita de cobre, no se avergüenza de agacharse y tomarla a causa de su gran indigencia. Si comparas, pues, la vida del pobre con la del rico, la encontrarás como inexistente respecto a la que existe, y a él como un muerto junto a un viviente.

3. Así también en el ámbito espiritual. Todos consideran que son cristianos por la confesión de fe en Cristo o

por algunas pocas virtudes, pero los verdaderos cristianos son pocos: los que atesoran el Espíritu Santo, los que gozan de los variados refinamientos de la gracia, los que se regocijan por el deseo celeste del Espíritu, los que tienen el alma adornada con la vestidura de los diversos carismas celestes, aquellos que tienen el cristianismo no por una confesión y simple fe, sino por la potencia y operación del Espíritu, los que en su intelecto palpan sin cesar entre las manos del alma el oro celeste —es decir, el conocimiento y la exposición de los misterios del Espíritu—; ellos son los verdaderos cristianos.

4. Pues si comparas la conducta de su intelecto y la vida de su alma con las de aquellos, encontrarás una gran diferencia, como la que existe entre vivientes y muertos. Aquellos se encuentran en la terrible indigencia del espíritu mundano; privados de la potencia de la riqueza celeste, grandemente turbados en el intelecto por las pasiones, apenas pudiendo encontrar en sí un buen pensamiento entre muchos malos; reposan dominados por esta pobreza, y se satisfacen con las pobres vestiduras de algunas virtudes mínimas, no poseyendo la diversidad de las operaciones del Espíritu en las virtudes divinas. Es así como el Señor manifestó que es grande la diferencia entre los futuros verdaderos adoradores⁴⁰ y la multitud de aquellos que parecen adorar con una reverencia superficial y exterior, sin adorar en espíritu y en verdad. En efecto, dice: *Viene la hora, y ya está aquí, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad; porque tales son los adoradores que busca el Padre. Dios es espíritu, y aquellos que lo adoran, es en espíritu y en verdad como deben adorarlo*⁴¹. Así distingue los miembros de la corte celeste y ricos en Espíritu, de aquellos que están en la terrible pobreza del peca-

do, que piensan vivir por su confesión de fe en Cristo, pero que no poseen ciertamente la rica vida de la actividad operativa del Espíritu.

7.1. Todos poseen un cuerpo semejante, pero el de algunos es sano e intacto, mientras que el de otros está enfermo o herido. Incluso entre las enfermedades del cuerpo hay una gran diferencia; algunos sufren heridas visibles, otros no teniendo heridas manifiestas, tienen en el cuerpo terribles escalofríos de manera que no pueden ni moverse. Según lo visible parecen estar sanos en el cuerpo, pero según los sufrimientos y el trastorno en el obrar muestran que el mal es mucho peor y más difícil de curar que el del hombre herido visiblemente. Aquel que tiene las heridas visibles, si va al médico, obtiene una pronta curación. Pero todos los males ocultos del cuerpo son peores y más difíciles de curar que los manifiestos.

2. Así también sucede con los cristianos. Muchos consideran estar sanos —es decir, espirituales— por algunas virtudes superficiales y corporales, mientras que por dentro son dominados por terribles pasiones ocultas. Otros, dominados por pecados manifiestos, son rechazados por muchos como réprobos, al igual que el publicano lo era por el fariseo⁴²; pero si se vuelven hacia el verdadero médico, Cristo, acercándose a Él reciben una curación más rápida que los anteriores, del mismo modo que el publicano, junto al fariseo *bajó* —dice el Señor— *justificado*⁴³. 3. Pues ellos no están heridos por pasiones ocultas según el hombre interior⁴⁴, como la presunción, la altivez, la soberbia, la infidelidad, el orgullo, la figuración, la hipocresía, la vanagloria, la cobardía, los pensamientos vergonzosos y otros semejantes. En

efecto, está escrito: *El hombre mira el rostro, pero Dios mira el corazón*⁴⁵. En resumen, lo que se busca es que el hombre se encuentre sano por fuera y por dentro a causa de la gracia divina y de su propia lucha por el libre arbitrio. Entonces será juzgado digno de ser heredero del reino en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VIII

1.1. Ésta es la nueva alianza¹, ésta es la ley del Espíritu², escrita en los corazones³, anunciada por los profetas⁴; en esta ley el alma produce frutos de justicia⁵ y vive en Dios la vida eterna.

2. Si alguno no recibió de Dios la gracia y no esperó y recibió el don del Espíritu Santo⁶, desatendió la voluntad de Dios⁷ y negó en obra todas las Escrituras. Si no recibió, pues, la actividad y es engañado por los pensamientos, siendo extranjero de la iglesia celeste de los primogénitos, y no entró en comunión con los espíritus de los justos y perfectos⁸, no fue [agregado] a la Jerusalén de lo alto⁹. Este hombre no adoró al Padre en espíritu y en verdad¹⁰. En él no habita Dios ni conoció a Dios, pues *ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero*¹¹. *Lo que nace del Espíritu es espíritu*¹² y el nacimiento (que viene) de Dios lo guarda y el Malvado no lo toca¹³. 3. Estos hombres quieren colocar el techo sin haber puesto el fundamento de la casa. Sin madre no nace el hijo y sin la unión carnal no hace

un hijo; así, fuera del nacimiento del Espíritu Santo nadie llega a ser hijo de Dios, y no siendo hijo de Dios no entra en la vida eterna. *Quienes son conducidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios*¹⁴. Una casa, pues, construida necesita fundamentos. No se construye simplemente sobre la arena, sino que primero se quita toda la arena y se profundiza, y así se colocan los fundamentos sobre la roca, para que permanezca incommovible cuando vengan los inviernos, los vientos, las olas y los ríos¹⁵. Los que construyen simplemente sobre arena se cansan en vano¹⁶, pues la casa caerá pronto y será destruida.

4. Así el alma que ama la verdad, queriendo construir su casa según la palabra del Señor, no construye sobre la arena de los malos pensamientos del pecado, sino que cava y profundiza, quitando –en cuanto le es posible– los malos pensamientos de arena, hasta encontrar los pensamientos sólidos de la fe incommovible en Cristo, hasta que encuentra a Cristo, la roca verdadera, contra la cual las puertas del infierno no prevalecen¹⁷. Así construye por medio de una buena conducta, teniendo el corazón puro, una buena conciencia, una fe sin hipocresía¹⁸ según el Apóstol. Y así culmina la construcción espiritual de la casa de Dios, que es pura por dentro y mucho más pura por fuera.

5. Antes de la revelación de este misterio del Espíritu de Cristo y antes de su venida y manifestación, toda la belleza de la justicia era exterior; así también como la ley, la circuncisión, la purificación, los sacrificios, las ofrendas y el culto. Pero después de que se manifestó la palabra salvífica¹⁹ de Cristo y dio el Espíritu Santo a los corazones de los

hombres –la palabra no escrita con tinta²⁰– todo se encuentra en el interior: el culto es interior y proviene de una buena conciencia; los sacrificios son interiores, porque el salmista canta: *La elevación de mis manos es el sacrificio vespertino*²¹. En resumen, se busca la pureza y belleza del alma; de esta manera el exterior puede ser verdaderamente puro, como dice el Señor: *Fariseo ciego, limpia el interior de la copa y del plato, para que el exterior sea también puro*²². *Porque el que hizo el interior hizo también el exterior*²³. Si antiguamente los hombres, que no tenían la purificación interior, eran embellecidos por la justicia de la ley, cuánto más, cuando el alma sea purificada de las tinieblas y tenga en sí al verdadero Cristo, también el cuerpo será santificado y embellecido verdaderamente.

2.1. A una perla grande, muy valiosa y real, apta para una diadema real, sólo le hace falta un rey; y sólo un rey puede llevar esta perla, pues a otro hombre no le está permitido. Así también, si alguno no fue engendrado por el Espíritu real y divino, y no llega a ser linaje celeste y real e hijo de Dios, según lo que está escrito: *A los que lo recibieron, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios*²⁴, no le es posible llevar la perla celeste y muy valiosa –la imagen de la luz verdadera– que es el Señor, si no es hijo del reino. Los que tienen y llevan la perla vivirán y reinarán con Cristo por los siglos²⁵, pues así dice el Apóstol: *Así como llevamos la imagen del hombre terrestre, llevaremos también la imagen del hombre celeste*²⁶. 2. Es Cristo quien es llevado por el alma en una luz inefable, conocido sólo por quie-

nes lo llevan en verdad y visto sólo por los ojos del alma. Para un no iniciado, en cambio, es imposible conocer las cosas del Espíritu²⁷ o tan sólo recibir la fe, mientras no sea formada en él la imagen celeste de Cristo²⁸. Entonces conocerá por experiencia y en verdad la bondad del Señor. 3. Gloria a quien así amó a la raza de los hombres y los hizo dignos de ser partícipes de su esencia, pues Pedro dice: *Para que seáis partícipes de la naturaleza divina*²⁹. También nosotros debemos empeñarnos [en recibir] tales bienes y carismas prometidos, y suplicar para llegar a ser partícipes [de ellos], como dijo el Apóstol: *Hijos míos, por quienes sufro nuevamente hasta que Cristo sea formado en vosotros*³⁰. Desgraciado quien no busca y encuentra los bienes espirituales e inefables, porque el que no nace del Espíritu no puede entrar en el reino³¹. Así lo manifestó el Señor.

3.1. Desde el comienzo, el hombre modelado por las manos de Dios estaba en una gran pureza y mansedumbre, pero cuando transgredió el mandamiento de Dios, cayó bajo la sentencia³². Dominado por el Malvado fue hecho salvaje por sus instintos, y toda la raza nacida de él fue dominada por este estado salvaje y por el aislamiento, no sometándose al yugo de la justicia. De ahí que, convocado por la palabra de vida, y encontrándose en una conducta salvaje, difícilmente asciende al yugo manso y bueno³³.

2. Del mismo modo que un buey, apartado de una manada salvaje para ser sometido al yugo y trabajar la tierra, primero se encoleriza y rehúsa el yugo, pero luego, cuando ha sido entrenado y domado por el que ara, paulatinamen-

te junto con un buey trabajador avanza voluntariamente sin ser forzado al yugo y trabaja la tierra; 3. así también el alma que cree al Señor, cuando está aún dominada bajo el pecado y permanece solitaria, se rebela al yugo verdadero, pero si se le pone el yugo junto con almas santas que realizan bien el trabajo de la tierra verdadera, es progresivamente amansada por la gracia del Espíritu y conducida a la verdad³⁴, hasta que esté totalmente amansada, y tome en adelante con placer el yugo excelente del Señor³⁵, trabajando la tierra del corazón, para producir los frutos del Espíritu³⁶; [y así] aguijoneada y castigada por las amargas tentaciones, trabaja sin pereza y con más empeño en la obra divina.

4. O incluso es como un caballo que vive en manadas y mora en lugares desiertos con fieras salvajes y es insumiso a los hombres. Tomado de la manada salvaje, es domesticado de diversos modos, hasta que su ferocidad sea amansada. Se le coloca un freno pesado hasta que aprenda a andar ordenada y correctamente. Es entrenado por un experimentado jinete para que llegue a ser útil en el combate. Luego lo visten con armas o con una coraza o un caparazón y todo el resto. Después le suspenden y agitan el freno ante sus ojos para acostumbrarlo a no espantarse. Así enseñado por el jinete aprende a combatir a los enemigos porque sin jinete y sin coraza el caballo no puede combatir. Y, una vez adiestrado y acostumbrado al combate, cuando huele o escucha el fragor del combate³⁷, avanza preparado hacia los enemigos, de modo que espanta a los combatientes por el solo sonido.

5. Del mismo modo también el alma después de la trasgresión es salvaje e insumisa. Vive errante en el desierto del mundo con las fieras —los espíritus del mal³⁸— y vive al ser-

vicio del mal. Pero cuando escucha la Palabra de Dios y cree, conducida por el Espíritu abandona su conducta salvaje y su modo de pensar carnal, conducida por el caballero Cristo. Luego entra en la aflicción, en la doma, en angustia para ser probada. Paulatinamente es amansada por medio del Espíritu, en la medida que disminuye y desaparece el pecado en ella. Así el alma, revestida con la coraza de la justicia, con el casco de la salvación, el escudo de la fe y la espada del Espíritu³⁹, aprende a combatir a sus enemigos. Armada de este modo por el Espíritu del Señor, combate contra los espíritus del mal⁴⁰ y extingue los dardos encendidos del Malvado⁴¹. En efecto, sin las armas del Espíritu no es destruido el pecado. Pero teniendo las armas del Señor, cuando escucha y siente los violentos combates, el alma se lanza con el grito de guerra⁴², como se dice en Job, porque los enemigos sucumben incluso a la voz de la súplica⁴³. Habiendo luchado y vencido en el combate por medio del espíritu, lleva con gran certeza la corona de la victoria y es unida así al Rey celeste por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA X

1.1. En el mundo visible los que tienen experiencia y han vivido una larga vida no desesperan cuando viene un hambre, como si el mundo fuera a perecer y no tener más abundancia; ni cuando viene una abundancia se imaginan que no habrá más hambre, sino que siempre esperan, en la abundancia la privación y en la privación la abundancia. Tales hombres permanecen siempre iguales e idénticos.

2. Así también en el mundo espiritual e invisible en la conducta de la gracia del Espíritu, quienes han sido educados por la experiencia y los años, cuando viene cualquier aflicción del pecado, no desesperan como si no fueran a alcanzar más la gracia; ni cuando están en el reposo y la alegría del espíritu, no se abandonan ni se exaltan como si no fueran a venir ya más aflicciones; sino que son siempre los mismos, permaneciendo en la igualdad, sin ensoberberse, bien seguros, firmes, teniendo como objetivo la perfección, y esperando la libertad de la adopción filial por medio del Espíritu¹, que es la liberación total del hombre viejo.

3. Bienaventurados quienes han pasado los terribles lugares de la tiniebla, la terrible noche y los climas secos e insanos del pecado; los que han entrado en el reposo y gozo.

2.1. Hay otros, más jóvenes, sensatos, inteligentes y piadosos a quienes asiste la gracia. Ellos comienzan a pronunciar la palabra y su palabra es buena, y los que escuchan siendo sensatos, empiezan a elogiarlos y a admirarlos y a tenerlos en gran estima, porque hablan la Palabra de Dios. Aunque hablan por la gracia, el mal está presente no obstante en su intelecto y les sugiere amar la gloria y deleitarse en los elogios, para hacerlos caer en la vanagloria. Del mismo modo en que se resiste al deseo de la carne, así también hay que resistir a la vanagloria en el intelecto y en los pensamientos. Incluso si se habla movido por la gracia y es forzado por algunos a anunciar su mensaje, tal hombre debe sentir disgusto, huir como del fuego y resistir en el intelecto, para retener esto, para no ser hallado en la vanagloria con su propia palabra. 2. También Moisés, el servidor² del Señor, forzado a hablar y anunciar la palabra a Israel, rehusó diciendo: no soy apto para hablar³. Igualmente Jeremías fue forzado —su corazón ardía como fuego⁴— y también rehusó diciendo: Soy muy joven⁵ y no puedo, para no tomar gloria y alabanza de la profecía. Y Pablo: *Si hago esto voluntariamente, tengo una recompensa; si lo hago forzado, es un servicio que me ha sido confiado*⁶.

3. Como en el mundo visible el arquitecto realiza una obra; como el forjador y el orfebre ponen objetos en el fuego y realizan una obra; así como el constructor realiza una obra, así también los hombres de Dios están preparados de una vez para siempre para hablar; no para hablar y ser honrados por los hombres⁷, sino para que su palabra lleve a término una obra. No pronuncian simplemente una palabra ligera e inútil, sino que benefician a las almas e ilu-

minan el intelecto que se ha vuelto pesado y está sumergido en el mal; lo transforman, lo guían hacia las buenas costumbres⁸, a una conducta buena y lo preparan para ir a la vida⁹.

4. Hay muchas fortalezas del mal: en primer lugar el deseo de la carne y la avaricia, y así como se resiste al placer en los pensamientos, también a la avaricia. En efecto, sucede que alguno es exteriormente pobre y está privado de bienes, pero se complace interiormente en la riqueza y es amigo de los ricos. Si sucede que alguno de estos es privado de sus bienes, el otro se le aparta. Busca una conducta sin avaricia, para que si sucede que encuentras la riqueza, entonces experimentes más bien disgusto, que la detestes, y huyas de ella como del fuego. Después de éstas hay otras fortalezas: las de la vanagloria y el orgullo. Para que alguno pueda quebrar estas barreras y estos muros¹⁰ es necesario tener en el alma esfuerzos, lágrimas, hambre y sed.

3.1. Sucede que algunos han renunciado al mundo, son pobres y ayunan. Y como hacen todo esto con ardor son altamente apreciados, y ellos a su vez se complacen en quienes los glorifican y elogian. Hay otros, en cambio, que se complacen en el consuelo del Señor y reposan en la pobreza y austeridad, mucho más que lo que el rico se goza y reposa en sus bienes carnales. Si los fuerzas a renunciar a su austeridad, se afligen, como se aflige el rico en este mundo, si lo fuerzas a vivir en la pobreza.

2. Pero lo que llamamos fatiga, hambre y sed no proviene sólo de la naturaleza sino en su mayor parte de la potencia divina. Y los que ingresan en la red de la gracia¹¹ pueden tener la fatiga y el temor, el hambre y la sed. Por el

contrario, sin la gracia divina no pueden tener la fatiga y el temor. Así los que tienen estas cosas han entrado en la red de la gracia. Además muchos entran en la red; unos concuerdan con la gracia, se salvan y entran en la vida; otros, en cambio, se retiran y van a la perdición.

3. Por otra parte, la gracia no tiene una sola manera y modo. Algunos están en la fatiga, otros en el hambre y sed, otros en temor y temblor¹², y otros están siempre en el reposo de la gracia, en el amor, el gozo y la alegría, e igualmente tiemblan: *Servid al Señor en el temor y exultad ante él temblando*¹³. Además el tiempo presente es de luto y lágrimas, mientras que aquel [el tiempo futuro] es de risa y alegría¹⁴. Este tiempo es de cruz y muerte, aquél de liberación y de un gozo inefable; este tiempo es el del camino angosto y estrecho¹⁵, aquél de reposo y paz. Del mismo modo la prenda del Espíritu¹⁶ y el consuelo asisten en el tiempo presente¹⁷ a los afligidos, pero el perfecto reposo y recompensa se encuentran en el mundo futuro¹⁸.

4. Asimismo encuentras hombres que han renunciado al mundo y que tienen el alma y el intelecto enfermos; están como suspendidos en el aire, distendidos y vagabundos. Es necesario que su intelecto y su hombre interior sean valientes, tengan un corazón resuelto, el pensamiento y la voluntad viril y noble, para tomar las armas del combate y avanzar resueltamente al combate; tener coraje y combatir para poseer el vigor y un intelecto combativo. Todo esto se realiza en el hombre interior¹⁹; son los movimientos del alma, si tiene un corazón vivo. Pues hay muchos que llevan exteriormente el hábito y cuyo intelecto, ablandado, vaga sin retorno. Es necesario adquirir un corazón nuevo, un in-

telecto celeste en el hombre interior, un alma divina en el alma, un cuerpo en el cuerpo, para que el hombre llegue a ser doble²⁰. Confiando, recibirás confianza, amando serás amado, reconociendo [a Dios] serás reconocido [por Él]; pues el hombre recibe una realidad extranjera a su naturaleza, una realidad celeste y llega a ser doble.

HOMILÍA XII

1.1 PREGUNTA: ¿Por qué cuando el hombre es renovado no es totalmente transformado su antiguo estado? Pues sucede que quien se expresa muy simplemente, teniendo un movimiento [divino] muy vivo, también permanece así después de la gracia.

2. RESPUESTA: Por una permisión y disposición de la fe. Así los apóstoles realizaban grandes portentos en la ciudad donde entraban¹; incluso sus sombras curaban males² y resucitaban muertos. Si sucedía que en esa ciudad moría alguien, la gracia que los acompañaba y había resucitado al muerto, ¿no podía resucitar a todos los muertos? De la misma manera cuando acudían a ellos personas afligidas por diversos males, unos alcanzaban la curación, pero a los otros no se lo permitía la gracia, no concedían la curación. Los apóstoles no hacían lo que querían. **3.** Igualmente Pablo, cuando el portador de Dios fue bajado en una cesta³, ¿no podía, por la potencia que lo acompañaba, destruir el muro o decir con una palabra: déjame pasar? Pero esto no sucedió para que se manifestase la libre determinación de los creyentes y su debilidad natural. No todos obtuvieron [lo que pidieron], para que así se pudiese distinguir manifiestamente a quiénes eligen el mal y quiénes desean el bien.

4. Los fariseos dijeron al Señor: Desciende de la cruz⁴, y no descendió. Pues esta debilidad, según la disposición divina, prueba a los que se deciden firmemente por la fe: si son inmovibles⁵ o si, tras algún buen comportamiento, se escandalizan y caen en la debilidad. ¿Por qué? [Porque] es entonces, cuando son débiles⁶, que son fuertes. El cristianismo es piedra de tropiezo y roca de escándalo⁷. Así también los que están en la gracia son acompañados por el tesoro y el reposo de esa gracia, [si bien] también a éstos se les retira la gracia en el momento oportuno para que sean probados y combatidos.

2.1. PREGUNTA: ¿Por qué mientras obra la gracia en la vasija del cuerpo, obra también allí el pecado?

RESPUESTA: El alma de aquel que gusta primero la gracia es aliviada y reposa con un descanso celeste, totalmente extraño a este mundo, para que conozca por experiencia la dulzura del bien. Luego si el intelecto se distrae un poco o se entretiene o se da a otra ocupación, su alma es colmada nuevamente por el pecado para que, afligida, aprenda por experiencia su amargura; entonces huye rápidamente, buscando aquel consuelo y reposo inefables. 2. Nuevamente alcanza su meta, es aliviado y reposa un poco. Pero si nuevamente se descuida, el mal encuentra ocasión y lo aflige amargamente, con la permisión de la gracia, para que conozca por experiencia su dulzura, reposo y consuelo, y por otra parte la amargura, el dolor y la aflicción del pecado; para que huya de él incluso con más empeño, si quiere ser salvado, y se adhiera enteramente a la gracia, entregándose y sometiéndose siempre al Señor; para que por aquella amargura, vergüenza y aflicción anhele y desee más la dulzura

de la gracia, el alivio y reposo y alegría; para que por esa experiencia de las dos realidades el alma que ha gustado muchas veces la amargura del pecado y la dulzura de la gracia llegue a ser más sensible y más vigilante para huir totalmente del mal y ser unida enteramente al Señor, hasta que llegue a ser con Él un solo espíritu⁸.

3. Si el alma tuviera siempre la dulzura, el reposo y el gozo, no conocería la diferencia, no sabría lo que ha adquirido y se descuidaría; ignoraría la supereminente bondad del Señor⁹ y no conocería el gozo, e incluso si los hubiera adquirido no conocería qué ha adquirido; no conocería la inmensidad de la amargura y lo terrible del pecado y no sabría su maldad. Pero la sabiduría inefable de Dios dispone así las cosas, para que conozca por experiencia el propio bien, por comparación con la amargura del mal, para que el alma reciba beneficio según dos modos: haciendo la experiencia de la amargura y la aflicción del pecado y gustando la bondad del Señor.

4. [El alma] quiere huir del mal con todas sus fuerzas, ser siempre perseverante y vigorosa para el bien y no como un niño inexperto e ignorante del bien y del mal, sino poseer el perfecto conocimiento de ambos por experiencia, operación y sensación. Así es educada, corriendo la carrera perfecta hacia el bien con gran empeño y deseo, *teniendo los sentidos perfectamente adiestrados para el discernimiento del bien y del mal*¹⁰, como está escrito. También será perfecta la corona¹¹ que llevará, llegará al pleno desarrollo espiritual¹² y aquel hombre será constituido heredero del reino. Las cosas suceden de este modo: el alma gusta poco a poco el reino, para que con toda su voluntad y libre de-

terminación ante al Señor, para que su libre determinación manifieste a qué parte se ha unido y cuál ha respetado, para que herede justamente el reino y, después de haber luchado y corrido con todas sus fuerzas¹³, alcance una gran confianza en el Señor por los siglos de los siglos sin fin. Amén.

HOMILÍA XV

1. Los cristianos dignos de Cristo no aprenden de la letra [de la Escritura], sino que el Espíritu de Dios les enseña todo. *No por letras enseñadas por la sabiduría humana*, como dice el Apóstol, *sino por una enseñanza dada por el Espíritu Santo*¹. Pues su alianza, ley y libro son espíritu, como dice el Espíritu por medio del profeta: *Será en los últimos días cuando sellaré una alianza nueva con la casa de Jacob, no como la alianza que sellé con vuestros padres, sino: Ésta es la alianza que sellaré con la casa de Israel: pondré mi ley en su inteligencia y la escribiré sobre su corazón*², etc.

2. Así como anteriormente en la antigua alianza leían con los ojos corporales las letras corporales, así también los cristianos leen con los ojos interiores del alma y aprenden de la alianza del Espíritu; hablan con la nueva lengua interior y escuchan con los oídos interiores. Pues también así el Señor eligió a los apóstoles, hombres sin instrucción ni letras³, y los llenó del Espíritu Santo; haciéndolos sabios por el Espíritu Santo, hablaron enseñando a sabios y escribas. *Y aunque ellos callen —decían gritarán las piedras*⁴. El Señor predijo esto bien de los apóstoles o bien de todas las almas liberadas de la pesadísima piedra del pecado que las recubría; cuando ésta sea levantada, clamando alabarán a Dios.

3. Así como entonces al ver al Señor se resquebrajaron las piedras y las rocas y las tumbas se abrieron⁵, así también cuando el Señor Jesucristo haga brillar y manifieste su rostro⁶ lleno de bondad en el alma, se romperá la pesada piedra del pecado dando lugar al Señor, para que entrando habite en ella. Cuando las almas –como las piedras– han visto el rostro deseado del Señor, entonces claman⁷. Es como una montaña que no tiene dentro habitaciones, sino que es una simple piedra; viene un artesano experimentado y construye en ella moradas espléndidas. Del mismo modo también Cristo, el verdadero y buen artesano, viene a las almas que lo aman, talla y quita de ellas el espíritu del pecado y se prepara para sí palacios y hace en ellas su morada⁸. Las almas, semejantes a las piedras, claman cuando el Señor manifiesta su rostro⁹.

4. Los apóstoles clamaron queriéndolo o no. Como la flauta cuando se sopla, habla como quiere el que sopla, así también en los apóstoles y en los que se les asemejan –que han nacido de lo alto y han recibido el Espíritu consolador– habla el Espíritu como quiere. En efecto, el Señor hablándole a Nicodemo de lo que es engendrado de lo alto¹⁰, le dijo: *El Espíritu sopla donde quiere, y escuchas su voz, pero no sabes de dónde viene y a dónde va*¹¹. Así como nadie conoce la casa de donde viene el soplo del viento, ni su plenitud, ni a dónde va, ni nadie lo puede frenar ni medir ni retenerlo¹²; así como nadie puede detener ni retener las corrientes de agua¹³; 5. lo mismo sucede con el alma: nadie puede retener los pensamientos ni impedir las corrientes del

intelecto o detenerlas o conocer la fuente de los pensamientos de la inteligencia, de dónde vienen, o comprender a dónde van. Y, ¿dónde no está el alma? Reside aquí y, por el intelecto y la inteligencia, está en otra parte, en regiones alejadas. Si pues, dice el Señor, son así de incomprensibles las cosas terrestres de aquí, que tenemos entre manos, cuánto más será incomprensible el alma de quien ha nacido de lo alto¹⁴, ha recibido el Espíritu celeste del Señor y se ha unido a Él según el hombre interior¹⁵. Allí donde quiere se encuentra; mientras permanece aquí abajo, el Espíritu celeste y divino viene y la guía hacia las regiones celestes y la instruye¹⁶; esta alma es totalmente incomprensible. Gloria a su grandeza por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XVI

1.1. Lo que el Señor dice en el Evangelio: *Cuán angosto y estrecho es el camino que conduce a la vida, y pocos son los que van por él*¹, se entiende de la altísima virtud, debido a su carácter estrecho y porque cada uno la adquiere por medio de la fatiga y el combate. Luego, cuando dice un camino estrecho, para quienes no quieren andar por él, es un camino estrecho para sus enemigos, los que no pueden caminar por él, como está escrito: *Cuán duro es para los rebeldes, y el hombre sin corazón no permanece en él*². Se requiere gran inteligencia, sabiduría, paciencia y fe, para que alguno llegue firme y seguro, sin riesgos, al término del bienaventurado y divino camino de la justicia³.

2. [Es] como si fuera una montaña muy elevada y escarpada y tuviera un sendero muy estrecho, del ancho de un pie. Por él no pueden pasar los animales cuadrúpedos u otros, sino sólo quizá los pájaros, que son ligeros por sus propias alas. Del mismo modo los altísimos mandamientos del Evangelio y el camino de Dios son angostos y estrechos⁴ para los hombres de este mundo, que no participan del Espíritu de Dios, y es imposible que ellos pasen por él —es decir que sean obedientes e intachables en todos los mandamientos evangélicos—, si no adquieren las alas del Es-

píritu Santo. 3. Entonces, habiéndose hecho ligeros por el Espíritu Santo, pueden recorrer fácilmente el camino evangélico de la justicia⁵, para ser juzgados dignos de entrar en la vida⁶, como dijo el Señor: *Mi yugo es suave y mi carga es ligera*⁷, y conocerán entonces que los mandamientos de Jesús no son pesados⁸, cuando, por las alas del Espíritu Santo, recorran con gran ligereza y alegría el camino que es estrecho para los demás hombres. Pues es imposible sin las alas del Espíritu Santo que alguno recorra el camino referido –es decir, cumpla todos los mandamientos del Señor pura, perfecta e inocentemente– y sea juzgado digno de entrar por la puerta del reino de los cielos.

2.1. De muchos y variados modos la gracia del Espíritu hace dignas, a las almas que le obedecen en todo, de alcanzar –según su progreso, crecimiento y tras un largo tiempo– la medida perfecta de la pureza.

2. Del mismo modo que algunos pájaros temiendo las fieras de la tierra, hacen su nido en partes muy altas y elevadas o sobre el techo o en un árbol elevado; y la madre yendo y viniendo trae a los pichones el alimento delicado que pueden recibir, porque son aún pequeños; luego, en el momento oportuno les lleva un alimento más sólido según el crecimiento de edad de los pichones; y al mismo tiempo que sus alas se extienden y crecen, les enseña a ejercitarse poco a poco en el vuelo en el aire y a entrenarse primero alrededor del nido, luego alrededor de las ramas del árbol, de rama en rama, luego un poco más lejos, hasta que hayan llegado a ser adultos y sus alas se afirmen; desde entonces vuelan de colina en colina y de montaña en montaña, con facilidad, sin esfuerzo y reposadamente.

3. Así sucede también con los hijos de Dios, que engendra el Espíritu Santo de su propia potencia. Al principio les da un alimento de leche espiritual, lleno de dulzura y de deseo celeste en el corazón: *Os he dado a beber* —dice el Apóstol— *no alimento sólido*⁹; y Pedro también dijo: *Como niños recién nacidos desead la leche espiritual y sin engaño*¹⁰. Después, según el progreso y el crecimiento del alma que es renovada, le da un alimento más sólido¹¹ del Espíritu. Al mismo tiempo las alas de la gracia —es decir la potencia del Espíritu— crecen en el alma junto con el progreso en las buenas obras. Luego la gracia divina —la buena madre celeste— enseña a la inteligencia a volar primero alrededor del nido del corazón o de los pensamientos, es decir a orar a Dios sin distracción con la potencia del Espíritu.

4. Más tarde en la medida en que recibe un alimento más firme del Espíritu de la divinidad, tanto más puede volar mejor y más alto, guiada y sostenida por el Espíritu. Y cuando ha crecido y llegado a la medida de la edad espiritual¹², el intelecto vuela fácilmente de colina en colina y de montaña en montaña —es decir, de este universo al universo superior, y de este mundo al mundo bienaventurado, incorruptible e infinito— con una gran despreocupación y reposo, sostenido por las alas del Espíritu y guiado a la visión y revelaciones¹³ de los misterios celestes y a las contemplaciones espirituales inefables, que la lengua de carne no puede narrar.

5. Finalmente los hijos de Dios llegan a ser superiores y a estar por encima del mal, y fortificados por el Espíritu y teniendo su morada en los cielos, no temen ya la ferocidad de los espíritus impuros; igual que [sucede] a los pi-

chones, los cuales, habiendo llegado a ser adultos y habiendo crecido perfectamente sus alas, no temen ya el ataque de las fieras o de los hombres puesto que la mayor parte [del tiempo] su morada está en el aire. Y del mismo modo que ninguno de los hombres conoce las costumbres de los pájaros, así ninguno de los hombres llenos del espíritu del mundo conoce en potencia la lengua del Espíritu, sino sólo los hijos del Espíritu de la gracia que conocen la lengua de su madre, como dice el Apóstol: *A los espirituales comunicamos las realidades espirituales. El hombre psíquico, en cambio, no acoge lo que es del Espíritu de Dios; es necedad para él*¹⁴. Como es extraña a los hombres la lengua de las golondrinas y de las restantes aves, así para los hombres carnales son también extrañas las palabras de los espirituales. De la misma manera, para los espirituales las palabras de los hombres carnales —es decir, la sabiduría del mundo— son locura¹⁵ y las reconocen, pero las rechazan como palabras de charlatanería y de vanidad.

3. 1. Todas estas cosas las he descrito mediante cosas visibles, por medio de pájaros, de animales y de todo lo visible, porque es imposible expresar o explicar de otro modo las cosas espirituales. Así también el Señor habló la mayoría de las veces en parábolas, tomando sus ejemplos de las realidades visibles, comparando el reino a un grano de mostaza, a una levadura y a un tesoro¹⁶. Así dice: *Abriré mi boca en parábolas, proclamaré lo que está oculto desde la fundación del mundo*¹⁷. En efecto, las realidades espirituales son inefables, no pudiendo ser expresadas por la palabra humana si el Espíritu mismo no le enseña al alma digna y fiel en experiencia y operación. Es imposible expresar como es de-

bido el nuevo nacimiento espiritual y el crecimiento y la perfección o sólo creer, pues Dios realiza así todo esto en los hombres que han acogido el género de vida que le es agradable. Así pues, la conversación de los espirituales es extraña a los hombres del mundo.

2. Como los peces del mar conocen todo lo que hay en el mar, los senderos¹⁸ y las profundidades, y no es posible a los hombres ni a las fieras ni a los restantes animales conocer o detenerse en lo que hay allí, pues perecen ahogados; así es imposible, no habiendo nacido del Espíritu Santo, de ese otro mundo, conocer cómo son las realidades de allí y las profundidades de Dios¹⁹, y conocer los senderos del Espíritu del reino. Sólo pueden hacerlo quienes son guiados por el Espíritu, viven de Él y participan y caminan en Él según lo que dice el Apóstol: *Nuestra ciudadanía está en el cielo*²⁰; y también: *Nadie conoce lo que es de Dios sino el Espíritu de Dios*²¹. *Dios nos lo reveló por medio de su Espíritu*. Y dice también: *el Espíritu escruta hasta las profundidades de Dios*²². Así para quien tiene el espíritu del mundo²³ y no ha nacido del Espíritu Santo²⁴ es imposible conocer en la experiencia del conocimiento cómo son las cosas del Espíritu; y aunque quieran avanzar, se inflan vanamente por su intelecto carnal²⁵.

3. Puesto que se apoyan sobre una sabiduría mundana y pretenden comprender por su inteligencia las realidades espirituales, sin la visita y la revelación del Espíritu, desesperan y perecen no teniendo el fundamento verdadero, que es el Señor, por quien los dignos reciben todo conocimiento espiritual. Su intelecto conduce a la incertidumbre y llegan a imaginar conjeturas, pues creen recibir el conoci-

miento espiritual por medio de su propia inteligencia y fuerza; pero aunque pudieran recitar de memoria todas las Escrituras, no conocerían el sentido de lo que hablan.

4. Como los niños, enseñados por su maestro, aprenden los relatos de los hábiles rétores y recitan de memoria las palabras de los sabios, sin saber el sentido de las palabras ni saber qué leen o recitan, a causa de su puericia; así también los que recitan las Escrituras y las meditan, si no reciben de parte de hombres espirituales el verdadero sentido y si no tienen en sí la voz viviente —es decir, la misma potencia divina que inspiró las Escrituras— no aprovechan como conviene aprovechar. Pues están aún revestidos del hombre viejo²⁶, es decir, del espíritu del mundo²⁷, que es la ley del pecado que lucha contra la ley del intelecto²⁸.

5. Y como el que no ha nacido no está en este mundo, sino que apenas está en este mundo cuando nace, así también el que no ha nacido en el Espíritu Santo no se encuentra en el mundo del Espíritu ni puede llegar allí. Si no recibe desde aquí el nacimiento nuevo y celeste —es decir, que el alma nazca en aquel mundo del espíritu y se alimente, crezca y alcance la perfección en el Espíritu—, no puede llegar a aquel mundo. Así lo enseñó el Señor, así lo quiso y manifestó: *Si alguno no renace de lo alto, no entra en el reino de los cielos*²⁹; como también: *Lo nacido de la carne es carne*³⁰. Pues el Espíritu Santo quiso unirse al alma y purificarla del espíritu del mal que está en sus miembros³¹ y llegar a ser con ella un solo espíritu, para presentársela como esposa pura e inocente³². Gloria al que así amó al alma creada a su imagen, la libró del reino de las tinieblas y la trasladó al reino³³ de la luz de la vida.

4.1. Supliquemos, pues, también nosotros a Dios y roguémosle que nos haga nacer del Espíritu Santo, nos rescate del espíritu del mundo³⁴ y nos introduzca desde ahora en el mundo divino del Espíritu Santo. Que la muerte —que es el espíritu del mundo³⁵, la voluntad de la carne³⁶— no nos retenga con su poder y nos entregue a la gehenna eterna; [pues] entonces nos arrepentiremos inútilmente, ya que habiendo tenido tiempo no pedimos a Dios el rescate y la misericordia. Si se lo pedimos, lo buscamos y llamamos³⁷ [a su puerta], Él nos concede, en su gran amor por nosotros, sus propias promesas³⁸. Pues es fiel y verídico quien prometió darnos su gracia y la vida a los que con fe se la piden³⁹. Atendamos así siempre al Señor, el verdadero vivificador, el único que puede venir a rescatar nuestras almas de los enemigos invisibles, de las pasiones deshonorosas⁴⁰, concediéndonos una conducta sin mancha e inocente en todas las virtudes.

2. No seamos como las mujeres malvadas que detestan a sus maridos, que cuando el marido vuelve fatigado para reposar en la casa, abandonan su casa yéndose a vagar por otras partes. Pues mucho desea reposar en su propia casa, en nuestros cuerpos y almas, el bello y único Esposo, Cristo, que se fatigó mucho por nosotros y nos compró con su propia sangre⁴¹, que llama siempre a la puerta de nuestros corazones, para que le abramos, y pueda entrar y reposar en nuestras almas y hacer su morada⁴² en nosotros, y así no lleguemos a ser reprochables.

3. Como el Señor reprocha al que no le lavó ni ungió sus pies, y no le hizo reposar⁴³, y nuevamente dice en otro

lugar: *He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno me abre, entraré dentro de él y cenaré con él y él conmigo*⁴⁴; así sucede que nos alejamos de Él no buscándolo de verdad; porque Él se acerca siempre a nuestras almas, llamando, tratando de entrar y reposar en nosotros. Pues por ello soportó sufrir mucho, dando su cuerpo a la muerte⁴⁵ y comprándonos de la esclavitud de las tinieblas, para entrar en cada alma, hacer allí su morada⁴⁶ y reposar, habiéndose fatigado mucho por ella⁴⁷. Esto sucedió por la voluntad de su benevolencia, para que aun estando en este mundo, Él in-habite y ande entre nosotros⁴⁸ según su promesa.

4. En efecto, en el juicio dirá esto a los de la izquierda, enviados por el Señor a la *gehenna* junto con el diablo: *Fui extranjero y no me recibisteis, estuve desnudo y no me vestisteis, estuve enfermo y no me visitasteis, tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, en la cárcel y no vinisteis a mí*⁴⁹. Esto se entiende primero de quienes practican el bien visiblemente, pues el Señor recibe el servicio dado a sus siervos como hecho a sí mismo; pero en un sentido más verdadero y profundo se entiende del hombre interior de cada uno. El verdadero alimento de Dios, su bebida, vestidura, techo y reposo son nuestras almas, para que el alma reciba al Señor en sí y, comulgando con su Espíritu, llegue a ser con Él un solo espíritu⁵⁰, y así el corazón sea renovado y transformado, las pasiones destruidas y extinguidas, y se encuentren en nosotros la operación del Espíritu Santo y las obras de las virtudes. Estos son el verdadero alimento y bebida del Señor. Pues el Señor tiene hambre y sed de nuestras almas y es como extranjero

y enfermo en nosotros, ya que no reposa ni tiene morada en nuestras almas⁵¹; siempre llama queriendo entrar en nosotros⁵², con el propósito de reposar y cuidarnos en todo.

5.1. Acojámoslo, pues, con una gran fe y amor e introduzcámoslo dentro de nosotros, alojémoslo, alimentémoslo, démosle de beber y vistámosle, entregándole nuestras voluntades enteramente y siguiendo la voluntad de su Espíritu. Alimentémonos, más bien, y bebamos de su Espíritu y revistámonos del Señor mismo, pues Él es nuestro alimento, bebida, vestido, tesoro, herencia, posesión, reposo y casa. En resumen, Él es nuestra vida eterna, y toda alma que no lo ha recibido ahora dentro de sí y que no lo ha hecho reposar por los frutos de la virtud –o más bien, que no ha sido reconfortada y vivificada con la vida del Espíritu–, no tiene herencia en el reino de los cielos con los santos y no puede entrar en la ciudad celeste de los primogénitos⁵³.

2. Si el Señor, pues, viniendo a la higuera para alimentarse y no encontrando en ella fruto, la condenó al castigo y enseguida se secó –*Nunca más darás fruto*⁵⁴, dijo–, ¿qué se podrá decir sobre el sufrimiento y castigo al que será sometida el alma en la cual no se encuentre el fruto de la voluntad ni rectitud de costumbres para alimento del Señor? Este castigo es eterno, como dice el Apóstol: *Si la palabra pronunciada por los ángeles fue hallada firme, y toda transgresión y desobediencia recibió una justa retribución, ¿cómo huiremos si descuidamos una salvación semejante?*⁵⁵. El fruto bueno que el Señor busca de nosotros es nuestra buena decisión y que lo amemos con toda nuestra voluntad y con

toda nuestra alma, para recibir como buen alimento las virtudes de nuestras almas, y así nos hará dar frutos incommovibles y verdaderos del Espíritu, divinos y llenos de vida eterna.

3. Y así como no era entonces el tiempo de higos⁵⁶ y el Señor buscó fruto en la higuera, así también ahora, antes de la comunión del Espíritu, el Señor viene a buscar en el alma el fruto de una buena disposición. En el ámbito visible ese pasaje se refería a Israel, porque no dio un fruto digno al Señor⁵⁷, ya que no creía en Él. Pero esto significa en cada alma que antes de la operación de la gracia y antes que el alma dé frutos del Espíritu⁵⁸, el Señor busca cierto fruto propio del alma misma: que le dé, en cuanto esté en su poder, su voluntad misma, su decisión, su fe y todo su amor, cuya potencia es su prontitud para las obras buenas, tanto dentro como fuera. Esto quiere el Señor de nosotros: que lo busquemos sin cesar. Y cuando ve tal disposición buena del alma y la búsqueda recta del Señor, entonces le da la gracia, viniendo a habitar en ella. Entonces hace al alma digna –habiendo llegado a la estación plena de los higos– de dar frutos del Espíritu⁵⁹.

4. En efecto, el Señor recorre cada alma buscando fruto para entrar y reposar en ella, pues murió por todas y compró todo el género de Adán con su propia muerte. Toda alma debe morir a sí misma y vivir para Él, recibirlo, preparar y arreglar su casa y su cuerpo para el Señor; para que entrando y hallando reposo en las buenas costumbres de nuestra voluntad; alimentado, dado de beber, vestido y reconfortado en las virtudes de nuestra alma, nos diga entonces: *Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino que os está preparado desde la fundación del mundo; pues tuve*

*hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber*⁶⁰, y lo que sigue.

6.1. Teniendo, pues, tal expectación y tal esperanza en la venida y el reposo del Señor en nuestras almas – o más bien de que nuestras almas reposen en el Señor– debes transformar todo lo que ves en este mundo con el ojo del intelecto y una buena disposición para el provecho espiritual. Por ejemplo, si ves la riqueza terrestre, piensa en la riqueza espiritual y deséala. Si ves alegría en el mundo y fiestas, dite a ti mismo: ¿Cuándo será juzgada mi alma digna de festejar la fiesta espiritual de la gracia y cuándo será unido mi hombre interior con los santos ángeles y las potencias celestes? Y de este modo, cuando consideres los objetos visibles, toma el deseo de los incorruptibles e invisibles, para que a partir de lo visible no recibas daño sino más bien provecho, si diriges la inteligencia por el ojo intelectual de las cosas visibles a la consideración de los bienes invisibles.

2. Esforcémonos, pues, agradando en todo al Señor y manteniendo con una fe indefectible la espera de la gracia, teniendo una buena conducta para creer de todo corazón en sus inenarrables promesas –porque el que ha prometido⁶¹ es verídico–, y amarlo y esforzarnos enteramente en toda virtud y oración, tenaz y perseverantemente, para recibir entera y perfectamente la promesa de su Espíritu, para que nuestras almas sean vivificadas mientras estamos aún en la carne. Pues si en este mundo el alma no recibe la santificación del Espíritu por medio de una gran fe y llega a ser partícipe de la naturaleza divina⁶², uniéndose a la gracia, por la cual se puede cumplir todo mandamiento, no es apta para

el reino de los cielos. Pues el bien que uno adquirió aquí abajo, ese mismo será nuestra vida en aquel día⁶³.

7.1. Esforcémonos, pues, suplicando al Señor con una fe indubitable, en obtener el Espíritu de la promesa⁶⁴ que es la vivificación del alma. Si este mendigo, para obtener el pan corporal, no se avergüenza de llamar a la puerta y pedirlo; y si no lo recibe ingresa más adentro y pide con menos vergüenza aún un pan, un vestido o sandalias para reposo de su cuerpo, y hasta que no lo recibe no se va, aunque le echen; cuánto más nosotros, que buscamos recibir el pan verdadero y celeste para la fortificación del alma y deseamos vestir las vestiduras celestes de luz y aspiramos a calzar las sandalias inteligibles del Espíritu para reposo del alma inmortal; cómo debemos incansable e ininterrumpidamente perseverar siempre con fe y amor y llamar a la puerta espiritual de Dios y pedir con toda paciencia ser dignos de la vida eterna.

2. Así también el Señor dijo una parábola respecto a que hay que orar siempre sin desfallecer⁶⁵, y acabando agregó: Cuanto más nuestro Padre celeste *hará justicia a los que claman a Él noche y día*⁶⁶. Y también dijo respecto al amigo: Aunque no se lo dé por ser amigo suyo, *levantándose le dará lo que necesita a causa de su desverguenza*. Y agrega: *Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá*⁶⁷. Y continúa: *Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre celeste dará el Espíritu Santo a quienes se lo piden*⁶⁸. Por esto el Señor nos exhorta a pedir siempre incansable y tenazmente, y buscar y llamar siempre, pues ha prometido dar a quienes piden,

buscan y llaman, no a quienes no piden. Pedido, suplicado y amado, Él quiere darnos la vida eterna.

8.1. Vayamos a Él –la puerta espiritual– y llamemos para que nos abra, pidámosle el pan de vida, digámosle: «Dame, Señor, el pan de vida para que viva, porque perezco atormentado terriblemente por el hambre de la malicia. Dame la vestidura luminosa de salvación para que oculte la vergüenza de mi alma, porque estoy desnudo de la potencia de tu Espíritu, estoy deforme por las pasiones vergonzosas». 2. Y si te dice: «Tienes una vestidura, ¿qué has hecho de ella?». Respóndele diciendo: «Caí en manos de ladrones y despojándome me dejaron medio muerto⁶⁹, y desnudándome me lo quitaron. Dame sandalias espirituales porque mis pies espirituales⁷⁰ están atravesados por las espinas y cardos; ando errante por los desiertos y no puedo caminar. Da la vista a mi corazón para que vuelva a ver; abre los ojos de mi corazón, porque los enemigos invisibles me cegaron, cubriéndome con un velo de tinieblas y no puedo ver tu celestial y deseado rostro. Dame un oído espiritual porque he sido hecho sordo en la inteligencia y no puedo oír tu conversación dulce y agradable. Dame el óleo de alegría⁷¹ y el vino del gozo espiritual⁷², para colocarlo sobre mis heridas y poder ser aliviado. Cúrame y sáname, porque mis enemigos, terribles ladrones, me han dejado tendido medio muerto⁷³».

3. Bienaventurada el alma que suplica siempre incansable, perseverante y fielmente como pobre y herida, porque recibirá lo que pide y conseguirá la curación y el remedio eterno y será vengada de sus enemigos, las pasiones⁷⁴ del

pecado. Pues es fiel⁷⁵ el Dios que ha prometido. Que Él nos conceda lo que le pedimos. Gloria a su bondad.

9.1. Así como en una ciudad un magistrado avanza a su estrado, irritado contra los malhechores y bandidos, y si viene a él alguien despojado por ladrones y le dice: «Necesito tu ayuda. Mi enemigo me agarró, me despojó y me hirió y me hizo tal y tal cosa». Entonces el magistrado, sentado en su tribunal, hace buscar enseguida al enemigo y malhechor y, encontrándolo, lo entrega a tormentos y castigos. Así también pueden los hombres alcanzar el auxilio y la venganza de lo alto, dirigiéndose al Señor y suplicándole perseverantemente. 2. Porque Él puede aligerar la tierra imaterial del alma, recubierta por el mal de las amargas pasiones de las tinieblas y las potencias malvadas, y elevarla por encima del mar, si el alma cree en sus promesas y lo ama e invoca en verdad y espera siempre que el Espíritu realice en ella, por su amor infinito, la total liberación de las pasiones. Gloria a su magnificencia por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XVII

1.1. Quienes construyen sobre la arena¹ de sus corazones y reciben sobre la tierra pedregosa² de su corazón endurecido la semilla de la palabra, no tienen en sí el fundamento³ verdadero, ni pueden soportar las pruebas de las aflicciones del Malvado, sino que llevan impacientemente todas las aflicciones que les suceden, no pudiendo soportar los levantamientos y tentaciones de los espíritus malvados, que les vienen a causa de su búsqueda del reino. Las resoluciones de tales hombres son las siguientes: «Si no recibo inmediatamente –dicen– la gracia del Espíritu, me marchó, me es imposible permanecer, no puedo perseverar largo tiempo; en cambio, si la recibo, entonces permanezco». Ese hombre no permanecerá aunque reciba [la gracia], al no haberse preparado para esto.

2. Pero, después de la participación de la gracia, ¿no hay más combate ni más aflicción, no se levantan más las olas del Malvado? Es entonces cuando suceden las pruebas mayores, los grandes sudores, los grandes ataques. Pues las tentaciones del Maligno se levantan según el progreso del alma en la gracia, y la potencia del mal se echa sobre el alma para tentarla en la medida de su potencia para resistir. En efecto, aquellos que hemos mencionado

anteriormente⁴ vinieron a servir al Señor como para obtener un salario, como extraños y extranjeros; no se habían propuesto agradar y trabajar en la casa del Señor como fieles y cercanos. Ellos, no habiendo trabajado aún, piden un salario. Más bien, en cuanto servidores útiles, bien dispuestos y fieles a su Señor, deberían esforzarse –queriéndolo o no– en el servicio bueno y bello de los mandamientos de Cristo; esforzarse por agradar a Dios en todo sin cesar, hayan ya recibido un don de Él o no lo hayan recibido aún.

3. Deberían juzgar más bien así: «Debo a mi Señor una total prontitud para servirle y agradecerle siempre. Bien me dé la gracia de su Espíritu o no me la dé, no abandono mi carrera y mi servicio, en cuanto me es posible; y no abandono la esperanza –pues el que ha prometido es verídico⁵–; y siempre le doy gracias por los dones que me ha concedido, mi ser mismo, el cuidado que tiene de mí y toda su providencia de la que me hace digno, y el hecho de que emprendí esta vida y esta conducta de ascesis, gracias a Él. También es poderoso para colmarme de su gracia –pues es fiel y verídico– y lo que promete me lo concede, si persevero hasta el fin en la fe y en la práctica de todas las virtudes, mientras sea capaz».

4. Incluso pienso esto: «¿Quién soy yo y de qué dignidad gozo, que incluso su nombre es invocado por mí, que soy inútil para todo?». Perseverando, pues, y agradándole resueltamente hasta el fin con todo empeño, y sirviéndole en todas las virtudes, Él, que es bueno y justo, cumplirá sus promesas cuando quiera, porque no es mentiroso. Incluso si quiere entregarme a la *gehenna* para ser castigado a causa de mis pecados, no lo abandonaré y no me apartaré de su

amor, como dice el bienaventurado Job: Y si me matas, no te dejaré y no me apartaré de mi inocencia⁶.

5. Tal hombre, como siervo fiel y buen administrador que ha mostrado su buena disposición sólo hacia su Señor, que se ha fatigado y ha sido afligido y nada ha faltado en su buen servicio en todas las virtudes; ese hombre es justo y santo, y llega a ser heredero de la vida, porque no vino a servir y a agradar para obtener un salario, sino que se dio resueltamente para satisfacer y agradar a su Señor. Por ello ha sido juzgado digno de alcanzar la adopción del Espíritu y de llegar a ser heredero del reino. En efecto el Señor, designando al que lucha por el reino y salva su alma, dice: *El buen pastor da su vida por las ovejas*⁷, se da a sí mismo hasta la muerte; *pero el mercenario, que no es el pastor, cuando ve venir al lobo* —es decir las aflicciones y pruebas— se aleja y *huye*⁸ del culto de Dios y de la guarda de su corazón conforme a los santos mandamientos.

2.1. Esforcémonos, pues, con esperanza, fe y toda paciencia, en entregarnos enteramente al Señor, manteniéndonos en todos los mandamientos y preparándonos totalmente bien. Y Él cumplirá pronto sus promesas para con nosotros, pues no miente; a condición de que nosotros, como siervos fieles e íntimos, cumplamos todo lo que le agrada con nuestra libre voluntad, en un incesante esfuerzo. Y así, juzgados dignos de la gracia y habiendo adquirido como fundamento verdadero en nuestro corazón la potencia del Espíritu, podremos soportar todas las tentaciones y aflicciones; y así, hechos irreprochables por el Espíritu, llegaremos a ser dignos de los bienes eternos por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XVIII

1.1. El que vio y encontró al señor de la casa, vio y encontró también los bienes de la casa. De la misma manera, el que busca y encuentra al Señor encuentra también todos los bienes celestes; porque en Él *están todos los tesoros ocultos de la sabiduría y del conocimiento*¹. ¿Qué diremos? ¿Dónde está el Dios invisible? ¿Acaso sobre la tierra? ¿Acaso en los cielos? ¿Acaso bajo el mar? ¿Acaso bajo la tierra? ¿Quién puede aprehenderlo o verlo? Ninguna de sus creaturas. Él concedió al alma fiel que lo ama, aprehenderlo. Así amó² a esta creatura que es el alma.

2. Además ¿quién puede ver o aprehender al alma? Y también ¿qué es? Ella no se manifiesta. Incluso ni el hombre se conoce a sí mismo, hasta que el Señor se lo revela. ¿Dónde no está con sus pensamientos? Como dice la Sabiduría: *El abismo y el corazón, ¿quién los escrutará?*³. Y también el salmista: *El abismo llama al abismo*⁴. Sólo Dios puede reunir sus pensamientos y mantenerla en su propia voluntad. El alma aprehende pues a Dios —como se ha dicho— por medio de su amor; porque el Señor quiso ser aprehendido por el alma fiel, y Dios aprehende al alma en sí misma y dirige todos sus pensamientos, los guía y aparta el espíritu mundano extranjero que está mezclado con ella.

3. Ciertamente desde la trasgresión de Adán todo el género humano recibió en su naturaleza, en su alma y cuerpo, un amargo veneno de muerte, de tiniebla, de pecado, que la impulsa a pecar, y nadie puede curar, ni librar ni sanar a la humanidad ni matar a nuestro asesino, sino sólo el Espíritu del Señor; porque está escrito: *He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo*⁵. Puesto que el mal presente en el hombre sabe quién es el único que puede matarlo, relaja y ablanda el intelecto, impulsándolo a las cosas mundanas o a otras razonables, sólo para apartarlo de aquella búsqueda y de aquella labor. Pues sabe que, si [el hombre] busca a Aquel que mata [el mal, éste] será destruido inmediatamente. Por tanto, lucha en todo modo por ablandar la voluntad, sugiriéndole consejos que parecen razonables, sólo para arrancarla de allí, para que se aparte y sea distraída, para que no busque al que mata el pecado.

4. Nosotros, pues, amados, tengamos siempre aquí nuestra meta, combate y fatiga, sin darnos respiro en ningún momento ni obedecer en cosa alguna, ni pequeña ni grande, a sus malos consejos; para que esté en nosotros aquella actividad espiritual y real que mata el mal en nosotros. Pues diez mil palabras no sirven de nada, sino que es necesaria una actividad espiritual real. En efecto, uno es el que escucha la palabra y se alegra en ella⁶, y otro el que siente la operación de la potencia divina en sí, por la cual el pecado es aniquilado. Uno es aquel y otro es éste. Aquello es bueno, pero el que siente la operación de la potencia divina, ése se aproxima a la naturaleza divina y participa de ella según lo que está escrito: para que *lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina*⁷; teniendo en

sí la semilla del Espíritu Santo⁸, es partícipe al ser ya hijo de la verdad⁹.

2.1. Sólo Dios puede mantener el alma y reunir sus pensamientos, como ya dijimos más arriba, y a otro es imposible hacerlo. ¿Dónde está el alma? Está toda en el cuerpo y toda fuera del cuerpo; piensa las cosas futuras, reflexiona sobre las cosas venideras. Está sobre la tierra por el cuerpo, y por la inteligencia en los cielos, si es justa y fiel. Semejantemente el alma del pecador está sobre la tierra por su cuerpo, y fuera realiza el mal en regiones lejanas. El alma digna, en cambio, estando sobre la tierra por su cuerpo, vive en los cielos por su pensamiento¹⁰, y el Señor que está en los cielos ha puesto su imagen en el cuerpo del alma. Gloria a la majestad de quien ha amado de tal modo al género humano¹¹.

2. ¿Quién puede reunir la fluidez de la leche para unificarla y coagularla, sino la presión que se ejerce sobre ella? Así también, ¿quién puede volver liviana al alma dispersada en pensamientos y siendo creatura por naturaleza, conducirla al cielo y dar consistencia, firmeza y unidad a sus pensamientos, si el Espíritu de Dios no llega a ser para el alma como alas, si no la aligera y la eleva por encima de la naturaleza y reúne sus pensamientos en un solo pensamiento divino? El profeta dice, en efecto: *Su corazón se ha coagulado como la leche*¹². Allí piensa en dos coagulaciones: en las almas coaguladas en Dios y fijadas en la gracia y en el mundo de arriba, y en las almas coaguladas en la maldad y fijadas en este mundo, y llegadas a ser todas partícipes de la maldad. Pues, como éstos están fijados y afir-

mados en la maldad, aquellos están fijos y afirmados en el Señor.

3. Como la tierra del pájaro es el aire, donde él vive, así también los pensamientos y el intelecto de los pecadores: estando siempre en malos pensamientos habitan en una tierra tenebrosa y sombría con los espíritus del mal. Igualmente el intelecto y los pensamientos de los justos habitan en la tierra de la vida, en la tierra luminosa del Espíritu, y hacia allí marchan, allí donde viven desde ya, constantemente habitados por pensamientos buenos y celestes.

4. Esto dijo el Señor: El Hijo realizará obras mayores, para que os admiréis¹³; realiza obras inmortales de vida que no pasan, para el alma y el intelecto de los fieles; éstos caminan allí y apoyan el paso de sus pensamientos. [El Señor] ha preparado una tierra nueva de luz y un cielo nuevo¹⁴ del Espíritu; en síntesis, un mundo nuevo y un reino eterno. Desde una tierra de muerte y tenebrosa de espíritus del mal, donde habitaban sus pensamientos, ha transportado a las almas que lo acogen y aman a esta tierra de vida y de luz que habitan los santos; el intelecto asegura allí sus pasos y los pensamientos se pasean transportados de la muerte a la vida eterna. El Señor ha prometido realizar obras mayores¹⁵, que no existían aún cuando todo el mundo visible fue constituido: montañas, nubes, cielo, sol, astros, luna, hombres, animales, aguas, mar, ríos, y todo el orden del mundo. Él piensa en las obras nuevas y eternas, en la transformación y en la salud del alma, en su curación eterna y en las moradas eternas, construidas por el Espíritu, que concedió al alma digna y fiel.

5. Supliquemos, pues, al Señor y atendámosle con una fe incesante, de manera que se produzca realmente en no-

sotros la actividad del Espíritu, que mata el pecado. Así, purificados y santificados desde aquí abajo, seremos hechos dignos del reino celeste en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XIX

1. Una creatura grande y preciosa es el alma ante Dios. Y nos acercaremos a su estructura tan sutil gracias a la siguiente comparación: supongamos una ciudad que tiene avenidas, palacios de consejos, edificios públicos, calles, barrios, alcázares y otras muchas construcciones. Hay lugares preparados para la reunión de los notables de la ciudad y de toda la ciudadanía; y allí tiene su sede el juez, juzga y condena a todos los malhechores, ladrones, bandidos, hechiceros, adúlteros y conspiradores de la ciudad. El juez ha recibido en la ciudad el poder real, es decir las efigies reales y los sellos; así puede juzgar y ejecutar a los malhechores por medio del poder real. Así es también la gran ciudad inmaterial¹ de Dios, el alma y la ciudadanía en ella de los pensamientos; si ella recibe a causa de su fe y conducta virtuosa, el poder de lo alto, la espada del Espíritu² y la imagen celeste de Cristo y los sellos celestes, luminosos y espirituales, entonces puede ejecutar y condenar a los enemigos, malhechores y ladrones que hay en ella, es decir a los espíritus del mal³.

2. Pero esto también puede ser aplicado según otro modo al Señor. Igual que en una ciudad abatida por los enemigos y conspiradores, no teniendo ni juez ni magistrado,

fue hallado un hombre de esa ciudad, el cual, dirigiéndose al rey y dándole todos sus bienes, recibió el poder, y luego fue y detuvo y ejecutó a todos los enemigos y malhechores de la ciudad; del mismo modo, también el Señor, el segundo Adán⁴ fue hallado el único de la raza de Adán y entregó su cuerpo por todo el género humano; y recibió el poder, el reino y el dominio y destruyó a toda la potencia tiránica del mal y arrastró en su cortejo triunfal a los principados y a las potencias, clavándolas en la cruz⁵. En efecto, retomando su cuerpo y venciendo por medio de él al enemigo lo condenó por medio de la carne⁶. Luego, subiendo, se sentó en los cielos, y es adorado por todos los seres del cielo, de la tierra y del infierno⁷. Y así envía desde lo alto a sus ciudades inmateriales —las almas que lo buscan, que le son sumisas y desean que reine sobre ellas— la imagen luminosa y divina de su Espíritu, el hombre celeste, para que marcadas y unidas con ella vivan en paz, se gocen y alegren con una alegría inefable⁸. Así son destruidos los enemigos del alma por la venida del juez celeste, y la ciudad inmaterial⁹ recibe una gran paz.

3. Si alguno, en cambio, no recibe el poder real y la espada y los sellos, no puede juzgar a los malhechores ni ejecutarlos, sino que es semejante a todos ellos. Así también el alma si no recibe en sí la imagen celeste de Cristo y sus vestiduras de la luz inefable y los sellos celestes de los dones del Espíritu, no puede ejecutar ni condenar a sus enemigos y a los que conspiran contra ella. Y apenas escucha la llegada del gobernador celeste, se goza y alegra, mientras que sus enemigos, los espíritus del mal¹⁰, son presa del temor, el temblor y el miedo.

4. Como en una ciudad cuando viene el gobernador para juzgar y hacer ejecutar a los ladrones y malhechores que se encuentran en ella, se alegran los ciudadanos de la ciudad, y los enemigos, en cambio, son presa del miedo y el temor, y, conducidos ante el gobernador, se avergüenzan y tiemblan, pero los ciudadanos tienen una gran seguridad y alegría, porque son destruidos los malhechores, los enemigos y conspiradores de la ciudad; así cuando el gobernador verdadero y celeste, Cristo, hace su entrada y su aparición en la ciudad del alma, ésta recibe una gran seguridad y gozo junto con toda la ciudadanía que son sus propios pensamientos. En cambio sus conspiradores y enemigos, las pasiones del mal, están en la vergüenza, el temblor y el miedo.

5. Supliquémosle, pues, también nosotros al Señor, de manera que obtengamos el don celeste del Espíritu¹¹ y demos muerte en nosotros a las pasiones extrañas del mal; para que así, siéndole agradables y cumpliendo irreprochablemente sus mandamientos, seamos juzgados dignos de su reino en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XX

1.1. Como el Padre ama al Hijo¹ y el Padre mismo le enseña todo², lo mismo sucede con los cristianos que aman al Señor. El tiempo, el trabajo y el Señor les enseñan la doctrina y ciencia celestes.

2. Como en el mundo si alguno tiene oro, plata, bienes, muchas riquezas, quiere engendrar hijos de su misma naturaleza, para que hereden los bienes del padre, y si no tiene herederos se entristece y aflige; así también el Señor, habiendo creado a Adán, le preparó como casa esta tierra y el cielo, y lo estableció rey de todas las creaturas, y le preparó también la herencia celeste para que llegue a ser amigo y hermano de Cristo, esposa y partícipe³ del Espíritu Santo. Y como vosotros amáis de todo corazón al Señor⁴ y llegáis a ser extranjeros y soportáis aflicción, así también el Señor nos amó de todo corazón, sufrió y fue crucificado para introducir a los hombres en su heredad y en su vida, pues descendió a causa de los pecadores. Y el Señor, el Padre celeste, se entristece si no engendra hijos de su propia naturaleza y no les da la heredad, el reino de los cielos, que les preparó.

3. Todos los que llegaron a ser justos, en efecto, son hombres como los demás, revestidos de carne, pero reali-

zaron una obra superior a los demás hombres, pues reinaron sobre la creación y la muerte. Moisés habló al agua y ésta fue transformada en sangre⁵, habló a la tierra y de ella brotaron sapos⁶, dijo a la muerte: «No atraveses las puertas»⁷ y la muerte se le sometió e hizo la voluntad de Moisés; la muerte supo que desde entonces ya no reinaría, desde que temió la orden de Moisés y le obedeció. Y sobre el rostro de Moisés estaba el sello de la gloria de la luz divina⁸; este sello con el cual Adán estaba revestido antes de la transgresión, pues Adán mismo estaba revestido de la gloria de Dios y de una vestidura divina. Hasta Moisés nadie tuvo este signo en el rostro sino sólo Moisés. La muerte fue sacudida, pues, al contemplar el signo, porque desde Adán hasta entonces nadie tuvo este signo; ella profetizó que sería regida y sometida al género humano, que fue lo que sucedió. En efecto, a continuación se manifestó el Adán celestial, y por medio de la cruz condenó a la muerte y descendió a los sepulcros y se manifestó a los profetas y justos que yacían allí. Y puesto que estaban tristes por no haber alcanzado las promesas, los levantó de las tumbas y los revistió con una gloria divina; se manifestaron⁹ en la ciudad de Jerusalén, vieron a sus amigos y parientes y luego se durmieron nuevamente. Es entonces cuando el Señor quebró los lazos y las cadenas de la muerte y mató al diablo.

4. Elías clausuró con poder las llaves del cielo y no llovió¹⁰. ¿Cómo pudo hacer esto? Se acercó al Señor, creyó en Él y lo amó. No te digo que extendió sus manos al cielo ni que es él por su propia potencia quien hizo descender el fuego del cielo y quemó el altar y a los falsos profetas¹¹,

sino que una potencia divina cooperó con su caridad y con su fe. Ella realizó todo esto por medio de él. Incluso otro justo dijo una palabra y el sol se detuvo¹²; otro cerró las fauces de los leones¹³.

2.1. Ves cómo los justos son reyes de las creaturas y cómo todas las creaturas corren a su encuentro. La hemorroísa que no pudo ser curada¹⁴ por los médicos, ¿se dirigió el Señor hacia ella? ¿No fue más bien ella quien *tocó el borde de su vestidura*¹⁵? El ciego de nacimiento¹⁶, ¿no gritó primero él? Zaqueo¹⁷, ¿no subió primero él al árbol? Y ahora los hombres vivientes son muertos¹⁸, y el Señor viene a los que creen, y habita en sus almas; y sacude sus corazones de las piedras y de las tumbas que son los espíritus impuros; y vuelve inmortales sus almas y los vivifica de su estado de muerte. Así como los primeros justos creyeron al Señor y corrieron a Él, así también nosotros debemos amar a Dios de todo corazón¹⁹, creer en Él y escucharlo, y así Él viene a nuestros pensamientos y reflexiones; y destruye toda la estructura de Satán, sus lazos y sus junturas, purifica nuestros corazones de la lepra, los vivifica de su estado de muerte e ilumina el intelecto obnubilado.

2. Todas las creaturas que Dios hizo estaban desde el comienzo: los ríos, las montañas, las colinas, los animales y las fuentes. ¿Qué hay ahora para que el Señor venga y revista un cuerpo y realice una obra mayor que ésta, mientras que aparentemente nada faltaba a la creación? ¿Qué significa lo que dice: *Mi Padre trabaja hasta ahora y yo*

*trabajo*²⁰, y: Hago «obras más grandes»²¹, si ya había una tierra sembrada, plantas, cielos, sol y luna? Es claro, pues, que viene a realizar una obra mayor que las obras visibles, que no se manifiesta a los ojos corpóreos. Viene a reorientar las inteligencias corrompidas secretamente por Satanás, y a sembrar en la tierra del alma una semilla celeste, como el labrador en el mundo visible siembra la tierra.

3. ¿Acaso pone el yugo a los bueyes? No. ¿Acaso planta una plantación visible? No. El alma es una viña para el Señor, y el Señor para el alma; y Él planta allí raíces de amor, de gozo y de dulzura y hace brotar fuentes de vida²² en el corazón, cielos nuevos y una tierra nueva²³ y luminarias nuevas. Si reviste, en efecto, con tal gloria²⁴ a las flores de la tierra, y viste de púrpura a las violetas, cuánto más glorificará al alma racional, la embellecerá con una belleza espiritual y la revestirá con la púrpura del Espíritu. Así pues, le pareció bien, y realiza esta obra en las almas, para que el alma sea unida al Espíritu celeste y se produzca una mezcla y una comunión de los seres terrestres con los seres celestes, sólo a condición de que nos amemos unos a otros y creamos a Dios, y así nos da su heredad. Él extingue el fuego en nosotros, nosotros sólo debemos amarlo, y lo que no podemos hacer, viene Él y extermina a la muerte. Pues los muros de Jericó²⁵ no pudieron ser destruidos por los hombres, sino que cayeron por la potencia divina.

4. Si un magistrado tiene delante de él el sello y la efigie, en adelante, mediante la efigie que lo precede puede hacer matar y expulsar a todos los insumisos con todo poder. Y si una efigie muerta inspira un tal temor y dignidad, cuánto más la imagen celeste, la potencia viva de Dios

y el sello celeste y divino; si están pintados en los corazones, destruirán y matarán a las potencias de las tinieblas unidas secretamente al corazón, y exterminarán toda la potencia del enemigo²⁶. Gloria a su magnificencia y a su infinita misericordia por los siglos de los siglos sin fin. Amén.

HOMILÍA XXI

1.1. Nuestro Señor Jesucristo es Él mismo el fundamento¹ y también la culminación y la piedra angular². Ciertamente es el Señor de la tierra y del cielo; del cielo pues vino Dios y tomó al hombre de la tierra y se unió al hombre. He aquí que es del cielo y he aquí que es de la tierra, he aquí que es el fundamento y he aquí que es la piedra angular. Así quiso obrar. Y a los que son de la tierra les dio el Espíritu Santo del cielo, para hacer con los de arriba y los de abajo una iglesia, mezclando la divinidad con la humanidad. Cuando escuches hablar de fundamento, piensa en el Señor; en efecto, Él ha sido medido como fundamento, y las piedras usadas para la construcción deben ser de la misma medida que el fundamento, para que la construcción llegue a tener unidad; ni las piedras muy cortas ni muy largas pueden ser integradas, sino que deben ser de la misma medida que el fundamento.

2. Así también Cristo, que es el fundamento y la piedra angular verdadera, llamó a todos los hombres para alcanzar aquella medida de perfección de Cristo³. Es lo que dijo el Apóstol: *Hasta que lleguemos todos al hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo*⁴ y también:

*Para que llenéis en todo la plenitud*⁵ de Cristo. Para alcanzar esta medida llamó Cristo al género humano, lo ha invitado a esta construcción, en una medida igual al fundamento, que es el mismo Señor. Gloria a su magnificencia.

3. El mundo entero se da a las actividades visibles, pero la actividad de los siervos de Dios es invisible, en el misterio, y los hombres no lo saben. Así como la naturaleza de los ángeles, siendo invisible, sirve en el mundo invisible al Dios invisible; así también el alma, siendo un espíritu, sirve invisiblemente al Dios invisible. También Satanás, siendo un espíritu, combate ocultamente en la profundidad del corazón. Pero los que ahora realizan una obra espiritual tienen que luchar, según el Apóstol, *no contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potencias, contra los gobernadores del mundo de las tinieblas*⁶. Ésta es la potencia de la divinidad: siendo invisible creó el mundo visible. Y de modo semejante el alma, siendo invisible, creó el mundo invisible. Lo mismo el malvado, por medio de su potencia invisible, esclaviza a las actividades visibles de la impiedad.

2.1. PREGUNTA: ¿Cómo es que el diablo, cuando se le preguntó *de dónde vienes* respondió: *Recorrí la tierra*⁷ y *estoy aquí*⁸?

RESPUESTA: La mayor parte de estas cuestiones son incomprendibles, pero he escuchado decir sólo esto: que los encantadores tienen sometidos a los demonios. Así sucede que invocan en una hora a veinte o treinta demonios para sus encantamientos y hechizos; y cada uno de estos demonios, estando en las regiones del occidente o del oriente, se

esfuerza por aparecer en la misma hora a todos y obrar el mal. Si, pues, el mal se esfuerza así en obedecer en un instante a todos, cuánto más puede el bien manifestarse y socorrer a todos los que lo invocan. Pero la mayor parte de estas cuestiones supera nuestra debilidad.

3.1. Así como la fabricación de un vaso real no es acabada de una sola vez, sino que se introduce muchas veces en el fuego, luego se golpea y decora de muchas formas, y entonces el vaso precioso está listo para servir en la mesa real; del mismo modo el alma es adornada y entrenada para llegar a ser un vaso precioso del rey celeste.

2. Hay un hombre que tiene muchas virtudes de la vida: pobreza, ayunos, vigiliass, pero puesto que obra por la gloria humana y no por Dios, recibe aquí su recompensa⁹, porque los hombres que lo glorifican son sus dioses. Hay otro, en cambio, que desea ser olvidado por los hombres y agradar a Dios; muchas veces obra algo indiferentemente y muy ingenuamente ante aquel que es exacto en todo. Este es mejor acogido por Dios, porque obra por Dios, que aquel que obra por la gloria de los hombres.

3. Puesto que eres hijo de aquel que transgredió el mandamiento¹⁰, y que la espesa tiniebla y la tela de araña¹¹, la desobediencia y la espada se han puesto sobre ti y todos sus hijos, es necesario que te apartes de la pesada costumbre del pecado y recibas la conducta, la familiaridad y las costumbres espirituales del segundo Adán celeste, y adquieras el intelecto de Cristo¹² para que llegues a ser su hijo y heredero. Pues toda la ley¹³, la profecía, los apóstoles, los ángeles y la venida [del Señor] han sucedido contra el mal que

ingresó [en el mundo] y allí reina; para cortar el mal y triunfar sobre él; sin embargo, también las leyes de los romanos lo impiden (pero en cuanto a Satanás ni los profetas, ni los apóstoles ni las Escrituras [pudieron]). Al mismo tiempo ves los males amenazantes que oprimen al mundo, y a los hombres que se complacen en la muerte y son retenidos por ella, y la escasez del bien, de modo que de muchos, pocos son los que han de ser salvados¹⁴.

4. Es pues necesario que nosotros, que nos acercamos al Dios viviente por una conducta virtuosa, concordemos con Él y nos unamos a Él, puesto que es Él la cabeza¹⁵, la perla, el fundamento; y si no se adquiere este fundamento, no se sabe dónde construir. Si alguno reside en los desiertos y practica la ascesis, aunque tenga dominio de sí, si no construye sobre el Señor, construye sobre la arena¹⁶, sobre realidades corruptibles que se disuelven. Igual que cuando la cabeza del hombre es separada, los otros miembros no pueden subsistir, sino que se descomponen y corrompen inmediatamente; así sin la cabeza, es decir sin Cristo, es imposible que un alma viva, igual que el pez no vive sin el agua. Aquel que posee el fundamento, construye su obra sobre roca¹⁷. Gloria a su misericordia por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXII

1.1. Las disputas de palabras y la confianza en la ciencia no aportan ganancia alguna al alma, sino distracción y daño. Y los que están dominados por estas cosas se asemejan a un hombre que come hierba en vez de pan, que no produce ni placer ni fuerza en el cuerpo, o al hombre dibujado en un muro, que si bien tiene la imagen de todos los miembros, ni anda ni se mueve. 2. Pues todas las herejías desde el comienzo consisten en esto: no obedecieron al Apóstol que dice: *¡Oh abismo de riqueza!*¹. Queriendo aprehender la sabiduría de Dios en palabras, se extraviaron. *¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y del conocimiento de Dios!, cuán insondables son sus juicios y cuán inescrutables son sus caminos. ¿Quién conoció el pensamiento de Dios?*². Así pues, ni los que tratan de encontrar una comprensión exacta de Dios por medio de enseñanzas, ni los maestros establecidos³ que dicen ser conocedores pueden expresar ni comprender nada claramente acerca de Dios; pues la verdad sobrepasa igualmente a todos los enseñados y enseñantes, y al ocultarse se extravía.

3. Si el maestro te dice que Dios es fuego, lo encontrarás hecho agua de vida⁴. Si te dice que es visto y se manifiesta como un rey, encontrarás que por uno es visto como

una sombra, por otro como un pobre, por unos como Dios, por otros como un hombre humilde. Si lo buscas en los cielos, se encuentra en la tierra; si lo buscas en la tierra, se trasladada al cielo. Y se encuentra para unos hecho aflicción según su designio, para otros alivio⁵. Por ello conviene rechazar el hablar mucho y vano, pues de Él nada se puede concluir. Juzgamos por el conocimiento natural que cada uno tiene, no aceptando la Palabra de Dios.

2.1. Dejando esto busquemos cómo puede el hombre ir y acercarse a Dios, aprender de Él y recibir en el corazón una palabra extranjera a este mundo, y creamos al que dijo: *Ninguno de los hombres supo las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él*⁶. Si pues un hombre semejante a ti no puede conocer ni comprender tu designio, ¿cómo se esfuerzan los hombres corruptibles por escrutar y comprender el designio de Dios? Y nadie entre los hombres supo *lo que hay en Dios sino el Espíritu de Dios*, que está en Él. *En cuanto a nosotros, no recibimos el espíritu del mundo sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos los dones de Dios: y es esto de lo cual hablamos*⁷.

2. Busquemos, pues, al Señor, y Él mismo nos guiará, nos enseñará y podremos conocer los misterios de Dios, en cuanto es posible conocer al hombre, no en cuanto es Dios. A nosotros nos conviene aprender cómo nace el hombre del Espíritu⁸, cómo hay que resistir a los espíritus del mal⁹, y enseñarnos a buscar el auxilio junto al Señor, y combatir contra el enemigo. El Señor se goza en el alma sincera del hombre, y arrebatada en su reino a quienes van a Él en el temor y la inocencia.

3.1. Una cosa puedo aún decirte, que el que busca a Dios recibe la potencia del Espíritu, y su naturaleza es liberada, de modo que desaparece el error y la cobardía, [y recibe] un alimento que cae [del cielo], la naturaleza del santo fuego.

2. Así como en un tronco pelado, seco y sin frutos, que tiene muchas ramas pero es inútil, todos los que pasan se apoyan en él para limpiar el barro de sus sandalias, pero si es arrojado e introducido al fuego, es transformado en carbón, permaneciendo sin embargo enteramente leño dentro del fuego, y en adelante nadie puede tocarlo o apoyarse en él; imagínate así nuestra naturaleza, estéril y seca después de la transgresión, que tiene ramas de espíritus malvados e impuros, y es transformada en la potencia de Dios y encendida en fuego y luz. Si los demonios quieren acercarse, según la antigua costumbre, al alma y hacerle mal, son quemados por el fuego y son expulsados por la luz que inunda y envuelve el alma. En efecto, es transformada de tal modo que el hombre mismo siente el cambio y conoce que ya no tiene el primer intelecto con un modo de pensar terrestre. Esto se produce porque el alma comulga con Dios y cambia su naturaleza en la forma de Dios.

3. Como una madre que tiene un hijo lo ama y tomándolo en su seno lo abraza con gran afecto, así también el Espíritu viene al alma y la abraza en su seno con gran reposo y gozo. Tal hombre es absorbido por la operación de la potencia divina del Espíritu, es raptado y hecho cautivo en la cautividad de los misterios celestes, y se produce en él un intelecto divino. Entonces destruye los vasos depositados en el alma por la negligencia, purifica el alma y el cuerpo, y expulsa todo el engaño de los ídolos. Entonces el hombre entero es llevado, ebrio de amor, de gozo y de una gran humildad.

4. Quienes dejaron la vanidad de las palabras y vinieron a buscar a Dios con sencillez y arrojaron toda su preocu-

pación e intelecto en Él¹⁰, encontraron unido a ellos verdaderamente algo extraño a este mundo y a su naturaleza. Poco a poco se enriquecieron y llegaron a ser reyes¹¹. En efecto, la manifestación del Señor en la carne, los apóstoles y todo el esfuerzo que realizaron los santos desde el comienzo proporcionaron a los hombres un gran beneficio: que esos hombres lleguen a ser templos de Dios y Dios venga y habite en sus almas y que la parte de la muerte que había entrado en ellos sea expulsada de en medio de ellos.

Entreguémonos al Señor y tratemos de buscar lo que Dios ha concedido, y cuando lo encontremos, aprendéremos todo por Él, aquello que ni los doctores de la ley ni los que combaten con discursos pueden enseñar.

HOMILÍA XXIV

1. Estas almas difieren en mucho y son mejores que las que se encuentran en el mundo, igual que [se diferencian], por ejemplo, la luz de las tinieblas o los vivientes de los muertos. Pero no sólo éstas sino también las que acogen por la escucha la palabra de la verdad y confían en gran sencillez y se mantienen en esta esperanza por su expectativa de la gracia, aunque no hayan alcanzado la cumbre de los carismas; estas almas difieren en mucho del resto de los hombres por medio de la fe, la esperanza y el empeño en todas las virtudes. Ellas, por así decirlo, están ya dentro del palacio por medio de la esperanza que les ha comunicado la palabra recibida y que está dentro de ellas. Pues no es poco que el alma reciba la sublime palabra de la verdad y la haga habitar dentro de sí, y que se purifique de todas sus construcciones artificiales y pretenciosas, que se dé a la esperanza de Dios y de su palabra y luche así contra los espíritus del mal¹ con el auxilio del Señor.

2. Pues no es pequeño el combate y el progreso para poder permanecer en la Palabra de Dios, poner toda la esperanza en la misericordia del Señor, creer que nos salvamos combatiendo con la ayuda de la gracia, esperar vencer a los espíritus del mal² por medio de la potencia y el auxilio del Señor, y derrotar a todas las pasiones por el Espíri-

tu. En mucho, pues, difieren estas almas de las restantes, con la sola condición de que perseveren hasta el fin³ en la esperanza, en la fe, en la carrera, en el empeño, en la meta, para que por la misma experiencia de los beneficios de la gracia y de la liberación del mal de las pasiones reciban el conocimiento y alcancen la salvación eterna⁴.

3. En efecto, los hijos del día⁵ realizan las cosas del día, y los hijos de la noche —es decir, los adúlteros, los ladrones y los hechiceros— realizan de manera semejante las obras de la noche, durmiendo en el día y obrando de noche. Así también [en el caso de] Adán, al caer, pues no observó el mandamiento y se hizo trasgresor, los hijos de la noche —es decir, los espíritus del mal⁶— quebraron los miembros bellos y amables de su alma, la dejaron sin fuerza y débil para el bien y la oscurecieron, quebrándola sin remedio, de modo que ninguno de los padres o profetas pudo curarla, sino sólo el Señor que la había creado.

4. Por ello la venida de su infinita bondad se produjo en tal abyección y humildad para erigir al alma caída en el mal. Dice, en efecto: *Erigiré y reconstruiré la tienda de David que había caído y reconstruiré sus ruinas*⁷. Y al alma que vivía en la noche y en la tiniebla y realizaba las obras de la noche y [caía] en las maldades de las pasiones le brilló el día de su santa luz, para que en adelante, vuelta en sí, ande sin tropiezo, realice las obras del día, de la luz y de la vida, y así sea hallada digna del reino de los cielos.

5. Allí donde el alma se alimenta allí está también; allí también se une sea al espíritu del mundo⁸ sea al Espíritu de Dios, y donde se alimenta allí vive también. Si en adelante cada uno quiere probarse y conocer de dónde se alimenta

y en dónde está su corazón, para que, habiendo reflexionado y habiendo adquirido el discernimiento, se entregue al bien con toda decisión, cada uno deberá ir a la oración y deberá aprender de dónde vienen los pensamientos de su corazón y las operaciones de su inteligencia, del espíritu del mundo⁹ o del Espíritu de Dios, y cuáles llevan alimento al corazón, los de arriba o los de este mundo. Y habiendo probado y conocido, ¡oh alma!, pide al Señor con mucho esfuerzo que tu corazón se alimente sólo con este alimento celeste, para que allí crezca y allí obre y allí resida enteramente con todo el deseo celeste del Espíritu¹⁰, porque de allí se le concede el alimento celeste según lo que está dicho: *Nuestra ciudadanía está en el cielo*¹¹; para que habiendo agradado perfectamente al Señor sea considerada digna de la herencia de allí, y gratificada con los bienes eternos por los siglos. Amén.

HOMILÍA XXV

1.1. Todos los hombres disertan acerca de las buenas obras, y todas las Escrituras inspiradas de la ley o de los profetas, o las palabras evangélicas del Señor y de los apóstoles fijan castigos contra los malhechores y reconocen a los que realizan obras hermosas y buenas, prometiendo a éstos el reino eterno. Las leyes del exterior, las de las naciones y sus magistrados, castigan a los que realizan el mal ante todos para atemorizar a los demás¹, queriendo impedir y suprimir la actividad de los malvados. No hay abiertamente ningún maestro o heraldo de las malas obras, sino que todos hacen el elogio de las buenas obras; sin embargo, como vemos que el mal domina abundantemente, es cometido y reina en el mundo, 2. de ahí pueden los sensatos e inteligentes concluir por experiencia –lo mismo también lo reciben de las Escrituras–, que hay una potencia opuesta de malicia, que oculta-mente pastorea y extravía al género humano hacia el mal y le enseña invisiblemente en el corazón toda impiedad. En adelante los hombres sólo tienen que realizar lo que se les sugiere oculta-mente según la propia voluntad libre; la mayoría no sabe de dónde vienen estas sugerencias, sino que suponen que es una cierta tendencia natural por el hábito de los malos pensamientos contrarios a la razón, que brotan del corazón. Pero los pensamientos de las almas han sido

distribuidos diversamente por el Creador en la humanidad.

3. Así como uno tiene una gran fortuna en monedas y objetos, oro, plata y toda clase de muebles, y otro tiene una pequeña fortuna, mientras que un tercero tiene una fortuna mediana, así también son las almas de los hombres; tienen una gran diferencia en la fortuna invisible y en el discernimiento de los pensamientos. Unos tienen el intelecto amplio, mientras que otros lo tienen estrecho².

2.1. Puesto que hay una esencia de luz, buena, racional e inmaterial, que es Dios, y hay una esencia tenebrosa por su libre opción, que son los espíritus del extravío³ y el príncipe de este mundo⁴; el alma que tiene un poco de recursos de intelecto y discernimiento, como la que es rica en pensamientos, inteligencia y discernimiento, debe luchar, empeñarse, correr y buscar cómo merecer ser unida a la esencia de la luz divina, celeste, racional e inmaterial, para que por ella pueda ser guardada de la enfermedad de las pasiones, y para que, enseñada por ella, sea conducida a toda buena práctica de los santos mandamientos. Santificada por medio de la divina potencia, el alma es hecha santa y pura.

2. Y nuevamente debe producirse un gran combate y empeño en cada alma para ser liberada del poder de las tinieblas⁵, inmaterial y perverso, de los espíritus del mal⁶ y de las pasiones del mal, puesto que desde la trasgresión de Adán⁷, los males referidos están junto al alma combatiéndola. Sea ésta, pues, la meta de todo el que quiere ser juzgado digno del reino, estando en amplitud o en estrechez de intelecto⁸, para ser liberado de la maldad de las pasiones

y ser considerado digno de participar en la esencia del Espíritu. En efecto, la victoria y la derrota acontecen por la libre voluntad, bien porque [el alma] se somete a los adversarios o porque por medio de la gracia llega a ser digna del Señor, y así es juzgada digna de heredar el reino.

3. Si la potencia de las tinieblas de las pasiones y de la malicia de los espíritus malvados se adhiere a un alma; si los espíritus invisibles del error la acompañan y se pasean con ella en los caminos y senderos de los pensamientos, obrando por la operación de las pasiones y llega a ser su cómplice, cuando ella sale del cuerpo, los espíritus del error⁹ y el príncipe que se alegra en los males, el señor del mundo de las tinieblas¹⁰, la reciben y la toman y la retienen como propia, pues obró su voluntad y los acompañó hasta el final mientras estaba en la carne. 4. A la inversa, el alma que acompaña a la esencia de la inefable y deseada belleza de la luz del Espíritu divino, el alma que acompaña y anda en la gracia de la verdad de Cristo por los caminos y las sendas de los pensamientos, y desde aquí ha sido juzgada digna de la santificación del corazón y de la inhabitación de Cristo, cuando sale de su cuerpo, los espíritus de los santos de la luz y el Rey de la paz Cristo¹¹, que se goza en las almas buenas, la reciben y acogen como suya, como su esposa e íntima, pues ha realizado sobre la tierra su voluntad.

3.1. Que cada uno de los hombres, examinando su corazón y prestando atención a sus propios pensamientos, atienda escrupulosamente dónde está su alma, a dónde se inclina su intelecto y con quién tiene comunión, con el Espíritu de Dios o con el espíritu del mundo; dónde está encadenado y dónde ama, en los mandamientos de la vida y

en la voluntad de Dios, [que es] amarlo a Él solo con todo el corazón y toda el alma según la palabra de las Escrituras¹² y no mirar a ningún otro ni reposar en otro, sino estar pendiente solo de Él por amor, considerando el consuelo del Espíritu¹³ como el verdadero reposo; o si, por el contrario, está retenido en la tierra, en la materia y en la trasgresión de los mandamientos y por los pensamientos terrenales de este mundo; y si los ama y es amado por ellos. Y que cada uno, habiéndose examinado a sí mismo en qué está, haga penitencia y duelo y clame al Señor noche y día¹⁴ como Él lo prescribió, hasta que encuentre su alma, su intelecto y sus pensamientos guardados en la paz de Cristo para llegar a estar privado de malicia.

2. En verdad, todo el empeño de Dios manifestado por los padres, los profetas, los patriarcas, por la ley y por último con la llegada y venida del Señor, todo fue hecho por la esencia invisible y racional del alma preciosa y creada a su imagen¹⁵, para la corrección del intelecto y de los pensamientos y la curación de la gran caída de las pasiones. El alma sufría por las pasiones, habiendo caído en poder de los espíritus del mal, de los principados, los poderes y los dominadores del mundo de las tinieblas¹⁶ a causa de la trasgresión de Adán al principio. Por esa trasgresión el alma revistió las pasiones de los pecados del mal, y por ellas se volvió extranjera a Dios.

3. El Apóstol, en efecto, manifestando la curación y liberación de la esencia espiritual del alma, dice: *Que la paz de Cristo, que supera todo intelecto, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo*¹⁷, de manera que la curación de las heridas del alma y el levantarse de la caída

del intelecto es ésta: que las reflexiones, los sentimientos y los pensamientos del alma sean encadenados a Cristo y guardados en la luz celeste de su espíritu de paz; que la sustancia del alma junto con todos sus pensamientos sean protegidos contra los espíritus de las tinieblas, y contra los pensamientos malvados, materiales y vanos. Ésta es la liberación del Señor, su venida y morada en el género humano para restaurar desde ahora la esencia inmaterial, racional y preciosa del alma en la nobleza de su pureza primitiva, e incluso constituirla partícipe de su propia esencia espiritual como a una noble esposa real.

4.1. ¿Cómo por ignorancia, pereza, descuido y olvido daremos esta preciosa esencia inmaterial del alma, amable y más digna que toda creatura visible e invisible, a cambio de cosas leprosas, materiales y corruptibles? Estamos adheridos a la tierra, a lo material, al mundo y a la gloria, amamos las cosas visibles, atendemos a las cosas pasajeras de este mundo y apreciamos todo esto, cuando más bien deberíamos arrancar de nosotros todo y sacudirnos las cosas pasajeras de la tierra y los pensamientos corruptibles de materia y polvo, y unirnos sólo a Cristo, ser heridos por el amor y el amor ardiente¹⁸ celestial hacia Él solo, y con afecto espiritual amarlo ardientemente¹⁹ sólo a Él.

2. Grande, pues, preciosa²⁰, noble y amable es la dignidad del alma, la sustancia inmaterial y racional, por la cual combaten Dios, los ángeles y las santas potencias, por medio de los padres, los patriarcas, los profetas, el Señor mismo que vino como embajador para la conversión del alma, y por medio de los apóstoles, los doctores, trabajadores de la

verdad que la convierten a la voluntad del Señor y que se esfuerzan por tenerla como amiga íntima y tenerla con ellos para la vida eterna. Por ella despliegan igualmente combate y empeño, lucha y esfuerzo Satanás, los principados de las potencias malvadas por medio de falsos profetas, los falsos apóstoles, los seductores, los realizadores de engaño²¹ y herejías, y por último el Anticristo mismo, luchando para unirse al alma definitivamente sin que se pueda escapar de ellos, sino queriéndola tener para siempre con ellos en las tinieblas de la condenación. Esta alma, preciosa imagen de Cristo, que cayó en el abismo de las pasiones del mal, de las tinieblas, de las potencias malvadas, si quiere estar unida a Cristo debe ser transformada, transmutada, renovada y ser recreada²² desde ahora, mientras está en la carne; tal es la tradición que nos enseñan las Escrituras.

3. Es como si en un lugar hay una fuerte fetidez y un pantano; está lleno de un depósito de basura, de toda impureza, podredumbre y fealdad. Pero viene un hombre poderoso y rico y ordena que este lugar sea purificado de toda fealdad²³ y suciedad, poniendo todo su empeño en purificar este lugar fétido. Luego construye allí un palacio real, prepara allí aposentos dorados, salas de banquetes de mármol y diferentes habitaciones espléndidas para la morada y reposo del rey. Así, de la fetidez e impureza surgen el incienso, el perfume y una gran purificación.

4. O como una tierra desierta, árida, llena de espinas y cardos. Si viene a ella un buen labrador, trabaja cuidadosamente aquella tierra desierta, quita las espinas y cardos del medio, los quema en el fuego y renovando la tierra y trabajándola, dirige hacia allí aguas abundantes, planta vides y jardines, rosas y toda clase de flores y toda especie de árboles

frutales; en adelante ese lugar llega a ser un terreno de reposo agradable, fértil, bien regado y productivo. Mira qué transformación y cambio se produjeron, cómo de un estado salvaje y desierto fue transformado en un lugar agradable y útil.

5. O como una mujer indigente y miserable, de la cual todos los que quieren pasan, se burlan y abusan de ella. Pero un rey ilustre se enamora de ella, la toma para sí y la lleva de aquella vergüenza y prostitución a una preciosa castidad y a un estado conveniente de libertad; y en lugar de aquellos fétidos harapos la reviste con atavíos reales, con vestidos adornados de oro y piedras preciosas; le ciñe una diadema real, le concede el honor de estar unida a él y llegar a ser la noble esposa del rey. Mira qué transformación y cambio se ha producido en ella, y cómo de la vergüenza y pobreza ha sido trasladada a tal honra de gloria y riqueza.

5. 1. Así también, el intelecto y esta alma habían caído junto con el cuerpo en el pecado de malicia. Desde la transgresión de Adán fueron retenidos en la pobreza de las tinieblas de las pasiones del mal, pues estaban manchados y violentados por la prostitución, la impureza y la mancha de las pasiones malvadas. Estaban en el estado salvaje y desolado del malvado y vergonzoso espíritu del mundo. Es necesario que el alma se confíe al Señor y se acerque a Él sinceramente, con toda su decisión y toda su voluntad, en la caridad de su Espíritu, para ser cambiada y transformada. Debe ser mudada, renovada, transformada y remodelada ahora por la gracia [para salir] de aquel primer estado salvaje y desolado, de la fetidez de los pecados, de las pasiones de la malicia y de los vergonzosos harapos de los espíritus del mal²⁴: infidelidad, avaricia, odio, maldad, cólera, engaño, locura, malos deseos y toda impureza.

2. Y en lugar de los cardos y las espinas de los malos pensamientos y pecados de malicia que la tierra de su corazón producía, deben brotar y fructificar en sí la justicia y la santidad del divino y celeste Espíritu de bondad. En lugar de la fetidez, del fango, de las ruinas y lugares vergonzosos que los espíritus del mal²⁵ habían establecido por las pasiones en la región invisible del alma, ahora debe ser edificado un palacio celeste, una morada para reposo del rey celeste.

3. En lugar de las vestiduras manchadas y tenebrosas que llevaba el alma, lleva ahora vestiduras luminosas del Espíritu de la divinidad, vestiduras de fe, de bondad y de toda virtud. En lugar de aquella terrible vergüenza y prostitución de los espíritus malvados, con los cuales fornicaba el alma en los malos pensamientos, ahora es conducida a la castidad, santidad, pureza y comunión con el rey celeste Cristo, y es ceñida con la diadema real del Espíritu de gloria en el honor de la gracia.

4. En lugar del espíritu de maldad del mundo, que distrae y encadena el intelecto del alma a la materia y a la tierra, a la malicia y a todo tipo de distracción dañina, el Espíritu de Cristo desde el cielo encadena ahora el intelecto del alma a los inefables misterios de Dios y a todos los santos frutos de la bondad del Espíritu, en los cuales habita el intelecto y todos los razonamientos del alma encadenados a los pensamientos celestes del Espíritu, del mismo modo en que el espíritu malvado de las pasiones encadenaba el alma —a pesar de ella— a razonamientos del mundo y a la vanidad de la materia. En efecto, el Espíritu dice verdaderamente por medio del profeta: *Así como era su tiniebla, también así será su luz*²⁶.

6.1. Así también el alma que creyó a Cristo y que lo amó sinceramente debe ser renovada y enteramente trans-

formada, santificada por el Espíritu en los pensamientos ocultos del corazón y en las obras buenas de la justicia. El Espíritu de bondad obra en ella, en verdad, plena conciencia (*plerophoría*), sentimiento y operación, de la misma manera que los espíritus de las tinieblas obran el mal en la sensación y plena conciencia en el alma y en el cuerpo.

2. Todas las herejías, en efecto, están plenamente basadas en meras palabras, bajo pretexto de un recto modo de pensar y una vana pretensión de justicia. Los que son verdaderamente hijos de la Iglesia de Cristo, en cambio, se manifiestan con obras de verdad y de fe y por cierta operación del Espíritu que viene al alma y la cubre con su sombra, manifestando frutos²⁷ dignos de la gracia en potencia, sensación y plena conciencia y en la renovación del intelecto²⁸, en la transformación y en una nueva creación según el hombre interior del corazón²⁹. Éste es el cristianismo verdadero y la exacta tradición apostólica, [transmitida] en verdad por todas las Escrituras; ésta es la venida del Señor y la liberación del hombre caído en el pecado; ésta es la esperanza de los que en verdad creen en Cristo.

3. Empeñémonos, pues, en recibir también nosotros, por medio de todas las virtudes, la convicción plena de esta esperanza³⁰, para ser juzgados dignos de los bienes esperados³¹, es decir de la inhabitación del Señor, y de la santificación del Espíritu³² en nuestro corazón; habiendo adquirido el tesoro celeste en nuestras vasijas³³ y habiendo sido hechos irreprochables en todos los mandamientos por la gracia, seremos juzgados dignos de gozar con Cristo de los bienes eternos por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXVI

1.1. El alma que ha adquirido el discernimiento lo ha adquirido de la gracia divina, escuchando la Palabra. En efecto, la esperanza de los cristianos, su reposo¹ y su riqueza no se encuentran en este mundo; porque lo que buscan los cristianos no es la belleza de toda la tierra ni de los bienes que surgen de ella, ni del cielo ni de las luces² que están en él. He aquí todo lo que hay de bueno sobre la tierra, las diversas y variadas bellezas y reposos; e igualmente toda la variedad de astros que están en el cielo, la belleza de sus luces. Nada de esto, pues, es lo que buscan y necesitan los cristianos. En cambio, hay algo que no está en la tierra ni en el cielo, sino allí donde viven los que aman al Señor; es esto lo que ellos necesitan.

2. Cuántas lenguas en el mundo, cuántas sabidurías, cuántos pensamientos, cuántos oficios, cuántas ciencias, ocupaciones, esfuerzos y riquezas sobre la tierra, y no es nada de todo esto lo que necesitan ni en lo que viven los cristianos. Lo que buscan es más grande que el cielo y todo lo que contiene, más grande que la tierra y sus bienes y bellezas; en una palabra, más grande que todos los bienes y bellezas visibles; no se compara a nada de esto. Para buscar y escrutar esta Belleza y este Bien incomparable y único ne-

cesitamos un pensamiento y un alma que sean también más grandes y más elevados que todo lo que hay en el cielo y sobre la tierra, que toda sabiduría humana, que toda razón y que todo conocimiento mundano; es decir, [necesitamos] la fe y la caridad que son superiores y sobrepasan todo aquello, porque, desde los cielos hasta la tierra, nada beneficia al alma.

3. Así como la virtud es más grande, más elevada y mejor que todos los variados encantos del cielo, de la tierra y del espacio, y es mucho más bueno y bello sólo aquello que necesitan y en lo que viven los cristianos, del mismo modo el alma debe estar dispuesta también –cuando se lanza a escrutar y buscar este Bien y esta Belleza– a sobrepasar la belleza de todas las sabidurías del mundo, la variedad de lenguas, la razón terrestre, la gloria, el lujo y el gozo. Por la fe y la caridad [el alma] crecerá y se elevará hacia el Bien único e incomparable, pasando por encima de todo sin estar encadenada a nada, sino deseándolo sólo a Él.

2. 1. ¿Qué es pues el Bien y la Belleza absolutamente incomparables que buscan los cristianos, y en los que viven? Es el Señor mismo. En efecto es Él, que no puede ser comparado a nada, porque todo lo que es bueno ha nacido de Él, y es Él la herencia y la vida de los cristianos: *El Señor –está escrito– es la parte de mi herencia y de mi copa*³. Y, de parte de los hombres, el único Bien y Belleza que es Dios no busca ni oro, ni plata, ni bienes, ni animales ni nada de lo que hay sobre la tierra y que Él mismo ha creado, sino una fe verdadera y el amor a Él desde el corazón. Y entonces uno es juzgado digno de obtener esta Belleza y este Bien único: el alma merece obtener la participación en el Espíritu Santo, y es digna de unirse⁴ a Cristo desde aquí abajo.

2. Y si el hombre no se hace primero él mismo ocasión [de salvación] atrayendo por su amor el amor de Dios por él, no vendrá a su alma la vida y la posesión del Bien y del único Bello. Cada uno llega a ser, pues, la ocasión de su propia vida o de su propia muerte por la libre voluntad del alma: el alma atrae a sí la vida o la muerte según donde entregue su amor natural, como dice la Escritura: *Ante el hombre se encuentran la vida y la muerte, y lo que le parezca bien le será dado*⁵, porque todos los hombres, una vez transformados y llegados a ser despreciables, adquirieron esa vida.

3. En efecto, como dice el Apóstol, he aquí que *Dios quiere que todos los hombres sean salvados y lleguen al conocimiento de la verdad*⁶. No porque no dan a Dios su amor natural, ni su buena voluntad: pues el Señor no fuerza las voluntades que no quieren, sino que observa y examina la voluntad y el amor del hombre, hacia dónde se inclina y hacia donde ama. Si ve el amor del alma unido a Él, viene, hace allí su morada, es heredado por el alma que lo ama y Él la hereda a ella, porque no puede ser de otro modo: pues si Dios no toma ocasión del amor y de la fe del hombre hacia Él, lo único que es estimable y bello no llegaría a ser la vida y la riqueza del hombre.

4. Cada uno, como se ha dicho, llega a ser la ocasión de la venida a sí de la vida y de la promesa, creyendo y amando [al Señor] a pesar de todo lo que se ve: esto es lo que Dios busca especialmente del hombre. Y esta alma es más grande y más elevada que el mundo entero, que toda su sabiduría, su gloria, su riqueza, su reposo, que toda su razón y que todos los bienes en él, porque ha creído en el único que es bello, ha amado al único que es bueno, y, despreciando toda belleza, gloria y encanto, ella ha rechazado la

sabiduría de las lenguas mundanas, y ha alcanzado así, para gozarlo, al verdadero Bien y a la única Belleza y Hermosura.

3.1. Que nadie diga tampoco: me es imposible amar el Bien único, pensar en Él o creer en Él, porque me encuentro bajo la esclavitud y los lazos del pecado. En efecto, el poder realizar perfectamente las obras de la vida, arrancarte y librarte por tus propias fuerzas del pecado que habita en ti⁷, no está en tu poder, porque el Señor se lo ha reservado [para Él]; en efecto, sólo Él ha condenado el pecado⁸, sólo Él *quita el pecado del mundo*⁹, es Él quien ha prometido liberar de la esclavitud del pecado de las pasiones a aquellos que lo aman y creen en Él; y aquellos que Él libra son verdaderamente libres¹⁰. Pero pensar en Él, creer y amar al Señor o buscarlo, esto depende de ti y eres capaz de ello, como de no pactar ni colaborar con el pecado que habita en ti. Así pues, sé tú mismo la ocasión de tu propia vida buscando al Señor, pensando en Él, amándolo y atendiéndolo, y Él te concederá la fuerza y la liberación. Es sólo esto lo que espera de ti.

2. Aunque el cuerpo esté retenido por una fiebre ardiente y quede inmovilizado e impedido para hacer o realizar los trabajos de esta tierra, el espíritu del enfermo no está retenido y no reposa; por el contrario, se empeña y se preocupa por sus trabajos, y su pensamiento piensa en la cosecha, por ejemplo, o en una viña, o en un viaje, o en una compra o en cualquier cosa semejante. El cuerpo está extendido sobre el lecho, retenido por la fiebre; pero el espíritu no reposa ni se detiene ante los trabajos —reflexiona sobre esto— ni para de buscar al médico, de llamar a los

suyos y de enviarlos a él para que venga a visitarlo, pues tiene la esperanza de curarse. Y si este hombre no habla más, si no reflexiona más, está completamente muerto. Así pues, mientras la fiebre está allí, el cuerpo queda inmobilizado e impedido para hacer sus trabajos, pero el espíritu piensa en eso y se preocupa de ello vivamente.

3. De la misma manera, el alma caída bajo la servidumbre y la autoridad de la tiniebla de las pasiones del pecado es retenida por la fiebre de la ley del pecado¹¹ respecto a las obras de la vida, las virtudes perfectas del Espíritu, porque es incapaz de realizarlas de manera irreprochable; pero nada le impide reflexionar sobre ellas y preocuparse en realizar los mandamientos según sus posibilidades, y amar la vida si verdaderamente quiere alcanzar la vida eterna. Nada le impide, pues, clamar hacia el único médico, llamarlo en su socorro y esperar la salud. En efecto, aunque el alma esté muerta a la vida divina, es decir excluida del gozo de la gloria de su luz por la trasgresión y cubierta por el velo de la malicia de las pasiones, no está muerta a su propio conocimiento y a sus pensamientos, sino que tiene el poder de preocuparse acerca de las obras de la vida, de amar y de llamar al verdadero médico. No está, pues, muerta a su propio conocimiento.

4. Esto es lo que busca Dios del hombre, el cual puede pensar libremente acerca de la vida, amar y llamar al único médico verdadero, no pactar con la malicia sino vivir en las buenas obras según sus fuerzas. Sólo esta ocasión busca Dios de los hombres. Pues el fortificar el alma, curarla de la fiebre del pecado y arrancarla de la servidumbre y de la acción de las pasiones, pertenece a Dios y está reservado a Él solo, porque está escrito: *A Dios pertenece la fuerza, y a ti, Señor, la misericordia*¹². Y Él sabe en qué males está el

alma, cómo está impedida para realizar las obras de la vida y cómo yace en la enfermedad agobiante de las pasiones deshonorosas¹³; sólo en el intelecto y el amor le queda al alma agradar al Señor. Pero Dios pondrá por obra su poder prontamente¹⁴, como está escrito: cuánto más *hará justicia a aquellos que claman a Él noche y día*¹⁵.

4.1. Por otra parte, así como el cuerpo abatido por la fiebre está impedido para emplearse en los trabajos de esta tierra, y el alma, que está retenida en el pecado por las fiebres de las pasiones, queda paralizada e impedida para las obras de la vida; de la misma manera el alma que ha sido juzgada digna del fuego celeste del Espíritu de la vida, y retenida por la potencia del fuego de Dios, está impedida para darse a las obras del pecado, atraída sin cesar por el amor y desco del Esposo divino.

2. Si la fiebre corporal impide al cuerpo realizar los trabajos de la tierra y si la fiebre del pecado de las pasiones aparta al alma de las obras de la vida, con cuánta mayor razón el fuego celeste del Espíritu, que abrasa y consume en el amor ardiente y el deseo sublime del reino al alma digna y fiel, la retendrá y le impedirá realizar las obras del pecado; por el contrario, le hará olvidar toda la vanidad del mundo presente. Y esta alma, que buscó a Dios por su voluntad y su amor, lo atrae a sí para que la rija, la gobierne y la conduzca según su voluntad. En efecto, el Señor mismo quiere ser buscado así, amado, creído y atraído por el amor del alma para venir a habitar allí, regir y gobernar todo su pensamiento y conducirla hacia la completa voluntad de Dios¹⁶.

3. Y que nadie piense que el alma es pequeña porque habita en un cuerpo pequeño y se encuentra enteramente en

el cuerpo. He aquí que está en el cuerpo, pero también fuera del cuerpo; está enteramente en él, pero por su pensamiento y sus razonamientos está enteramente fuera de él. Dios ha hecho del alma una vasija grande, algo valioso y hermoso que está por encima de toda creatura; una obra muy preciosa, preparada para ser la morada de Dios¹⁷ y hecha a su imagen. 4. El alma posee, en efecto, una imagen espiritual y racional según su propia sutileza natural, así como el cuerpo tiene su propia imagen. Pero el alma es la verdadera imagen de Dios. Aquella imagen [se refiere al alma], viva e inmortal, lleva y mantiene la imagen [de Dios]. Ella [el alma] es invisible e insondable para sí misma, por la siguiente razón: un velo de tiniebla [y] de malicia la recubre para que no comprenda ni perciba con sus ojos inmateriales su propia sustancia, para que no considere ni contemple a su Creador, para que no goce, viva y repose en su luz de gloria y de bondad, para que no disfrute de su bondad y amor. Este velo lo adquirimos desde la trasgresión de Adán, recibiendo uno tras otro la herencia de la muerte.

5.1. El alma está, pues, rodeada y cubierta por la tiniebla de las pasiones, privada del gozo y del conocimiento de Dios, así como de su propia comprensión. Pero la obra permanece intacta y la creatura que es el alma permanece completa, aunque haya sido conducida bajo el velo y en prisión; ella guarda intacta la imagen de la inteligencia y de la constitución que el Creador le dio desde el principio.

2. Es igual que un hombre encerrado en una prisión donde no hay puerta, ni abertura, ni ventana, ni ninguna salida; y el hombre está en el interior de la prisión. El que allí está encerrado no puede hacer nada por salir sino llamar y clamar a los de fuera para que le abran; y dirigiendo su pen-

samiento a los que se encuentran fuera del edificio los llamará en su auxilio. 3. Así también el alma apartada de Dios por el velo de las pasiones y encerrada en la prisión de la tiniebla del pecado, la creatura preciosa, permanece intacta en el interior del velo, tal como ha sido creada, y no puede hacer nada por salir, sino meditar, reflexionar y pensar en la vida de la luz, y clamar a aquel que se encuentra fuera del velo de la tiniebla, el Señor, el liberador, para que viéndolo nuestro grito hacia Él, nuestra fe y nuestro amor, rasgue por su propia potencia el velo de la tiniebla, ilumine el alma con su propia luz, la libere de la tiniebla del pecado de las pasiones y la conduzca según su voluntad. Y el alma, situada en el interior del velo, dirige su pensamiento al Señor, en su búsqueda y deseo; ella desprecia todo lo visible, se lanza con fe y deseo a la búsqueda de la invisible potencia divina, y espera la visita de la gracia. Y el Señor, que se encuentra en lo alto, dirige su pensamiento hacia ella dejándose encontrar por ella, manifestándose a ella, haciéndola reposar con un reposo espiritual, y conduciéndola a su voluntad enteramente¹⁸.

6.1. Y si el pensamiento del Señor no viene al pensamiento del alma y la guía, ésta no puede realizar la voluntad de Dios. En efecto, si ella aplica siempre hacia Él su pensamiento y su intelecto a la búsqueda, la fe y el deseo, el Señor en su bondad está aún más atento al amor que ella posee; se adhiere a su pensamiento y llega a ser con ella un solo espíritu¹⁹, según la palabra del Apóstol. En efecto, cuando el alma se une al Señor y éste se apiada de ella, la ama, viene a ella y se une a ella, y desde entonces el pensamiento permanece constantemente en la gracia del Señor, de manera que el alma y el Señor llegan a ser un solo espíritu,

una sola combinación y un solo pensamiento. 2. Y aunque su cuerpo yace sobre la tierra, su pensamiento vive enteramente en la Jerusalén celeste²⁰, subiendo hasta el tercer cielo²¹, unido al Señor y sirviéndole. Y Él, que se sienta sobre su trono de grandeza²², en el cielo en la ciudad celeste, se encuentra enteramente junto a ella, en su cuerpo. Ha situado la imagen del alma en alto, en la ciudad celeste de los santos, Jerusalén²³, y ha puesto en su cuerpo la propia imagen de la luz indecible de su divinidad. El alma sirve al Señor en la ciudad celeste, y Él la sirve en la ciudad del cuerpo. Ella lo heredó en los cielos, y Él la heredó sobre la tierra. Sí, el Señor llega a ser la herencia del alma, y el alma [la herencia] del Señor.

3. Por tanto, si el pensamiento o la inteligencia de los pecadores que permanecen en las tinieblas puede estar muy alejado de su cuerpo, viajar lejos e irse en un instante a países muy alejados; a menudo están ligados a la tierra por su cuerpo, y su pensamiento se encuentra en otro país, junto a aquel o a aquella que aman, y se ve a sí mismo como viviendo allí. Si el alma del pecador es ágil y ligera hasta el punto de que su inteligencia no está impedida de alcanzar los lugares más alejados, con cuanta mayor razón el alma cuyo velo de la tiniebla ha sido arrancado por la potencia del Espíritu, cuyos ojos inteligentes han sido iluminados por la luz celeste y que la gracia ha librado completamente de las pasiones deshonorosas²⁴ y ha reconstituido en su pureza, [esta alma] servirá enteramente a Cristo en los cielos en espíritu²⁵; le sirve también enteramente en su cuerpo y su pensamiento se extiende de manera que está en todas partes y que, allí donde quiere y cuando quiere, sirve al Señor.

7.1. Esto dice el Apóstol: *Para que podáis comprender con todos los santos cuál es la amplitud y la longitud, la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento: así seréis colmados con toda la plenitud de Dios*²⁶. Contempla los misterios inefables del alma que el Señor libra de la tiniebla que la recubría; cómo la libra de su velo y se le revela y es revelado por ella; y cómo [el alma] se alarga y dirige los pensamientos de su inteligencia hacia las extensiones, las longitudes, las profundidades y las alturas de toda la creación visible e invisible.

2. El alma es, pues, una obra grande, admirable y divina. Y en lo que parece, Dios la creó antes de modelar el cuerpo, al decir: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza*²⁷, el alma fue creada por Dios, y así, tomando polvo del suelo, modeló su cuerpo y le insufló²⁸, por el Espíritu, el alma que había creado. Produciéndola, la hizo así: no puso en su naturaleza malicia alguna, su naturaleza no conocía el mal, sino que Dios la hizo conforme a la imagen de las virtudes del Espíritu. Puso en ella las leyes de las virtudes, el discernimiento, la ciencia, la prudencia, la fe, la caridad y las otras virtudes según la imagen²⁹ del Espíritu. 3. Y aún ahora el Señor se manifiesta por la ciencia, la prudencia, la caridad y la fe. Puso en ella una inteligencia, pensamientos, voluntad, un intelecto que guía el alma³⁰; puso también allí otra gran sutileza. La hizo ágil, alada, infatigable, para venir a servirle en un instante por sus pensamientos, en el momento en que el Espíritu lo quiere: en resumen, la creó para que le sea una esposa, capaz de unirse a Él, para unirse con ella y que ella llegue a ser un solo espíritu con Él³¹, como está

escrito: *El que se une al Señor llega a ser un solo espíritu* [con Él]³².

8.1. Ni los sabios por su sabiduría, ni los prudentes por su prudencia pudieron comprender la sutileza del alma, ni decir de ella qué es; sino que sólo es conocida por aquellos a quienes se les ha revelado por el Espíritu la comprensión y el conocimiento exacto acerca del alma. Pero allí, contempla, discierne y escucha con inteligencia: Él es Dios, el alma no es Dios; Él es Señor, ella esclava; Él el creador, ella una criatura; Él el hacedor, ella su obra. No hay nada común entre sus dos naturalezas, sino que por su amor y su misericordia infinitas, indecibles e incomprensibles, Dios tuvo a bien producir esta obra y esta creatura racional, preciosa y escogida, como dice la Escritura: *Para que seamos una primicia de sus criaturas*³³; para estar en unión y en comunión con Él, para ser su morada³⁴, su esposa noble y pura.

2. Al habernos propuesto Dios tales bienes y realizado tales promesas, no nos descuidemos, hijos, ni nos demos a la pereza respecto a la vida eterna y consagrémonos enteramente en agradar al Señor. Pidamos al Señor que, por la potencia propia de su divinidad nos libre de la prisión tenebrosa de las pasiones deshonorosas³⁵, y que reivindique y haga resplandecer su propia imagen y obra, volviendo el alma intacta y pura; para que habiendo obtenido y merecido la comunión de su Espíritu³⁶, seamos juzgados dignos de gozar sin fin de su presencia, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXVII

1.1. Nuestros hermanos bienamados tienen hambre y sed de la palabra de la verdad, y desean escucharla con un gran amor. Y por más que nosotros estemos sin instrucción, ellos reciben con gozo la Palabra de Dios que desean y aman, y de esto el Espíritu Santo se regocija, cuando su palabra es anunciada en este mundo. 2. Efectivamente, aunque el recién nacido sea un niño incapaz de hablar la lengua de su madre, ésta se pone al nivel del niño y conversa con él, balbuceando como él; la madre se regocija cuando el niño le habla; ella acecha el afecto del niño. Y también nosotros, en comparación con la gloria infinita e incomprensible del Señor, de su potencia y de su ciencia, somos niños incapaces de describir y expresar dignamente los misterios del Espíritu. Pero la gracia del Espíritu, la madre de los santos, se regocija de igual modo cuando se pronuncia en el mundo la palabra que la concierne. Porque los hijos nacidos del Espíritu no encuentran su comodidad y su gozo sino en esta palabra que los ha engendrado.

3. En efecto, cada uno de los seres encuentra su reposo y su gozo en la patria y el lugar donde ha nacido. Hay creaturas muy diferentes, y cada creatura tiene sus propios vástagos. La tierra posee todo lo que empuja a su superficie, así como los animales que allí nacen, bestias salvajes, reptiles, animales domésticos, o incluso otros. Las aguas poseen igualmente sus propios vástagos, las múltiples especies de peces. El aire contiene también la numerosa multitud y va-

riedad de pájaros; el cielo tiene sus propios vástagos, los astros y lo que se encuentra por encima de los cielos; y estos diferentes dominios no se asemejan más entre sí que las creaturas que encierran; otros son, en efecto, el aspecto y el comportamiento de los seres celestes y otros los de los terrestres, y si un ser quisiera irse y vivir en el medio de donde no es originario, encontraría allí la asfixia, la muerte y la aniquilación.

4. Por ejemplo, los peces del mar, si quisieran vivir sobre la tierra morirían, porque allí no está su origen; los pájaros del cielo, si cesan de desplazarse en el aire para establecer su morada sobre la tierra, son víctimas de las bestias salvajes, de los reptiles o incluso de los hombres. Cada uno de ellos, en efecto, vive en reposo en el medio natural y en el mundo del cual es originario. Es, pues, de esta manera como calienta la Palabra de Dios venida de lo alto, reconforta y alimenta a los hijos del Espíritu, mientras que la palabra del mundo los asfixia, los aniquila y los hace morir. Porque la Palabra de Dios y la del mundo no tienen nada de común ni de semejante.

2.1. En efecto, la Palabra de Dios es Dios¹ y la palabra del mundo es mundo, y hay mucha diferencia y distancia entre la Palabra de Dios y la del mundo, como entre los hijos de Dios y los del mundo: cada uno de los vástagos se asemeja a sus propios padres. Si el vástago nacido del Espíritu quiere entregarse a la palabra del mundo, a los asuntos de la tierra y a la gloria del siglo presente, muere y perece, falto de poder encontrar el reposo y la vida verdadera. En efecto, su verdadero reposo se encuentra allí de donde es originario: porque aquel a quien oprimen las preocupaciones del mundo y encadenan los lazos terrestres es sofocado,

como está escrito y llega a ser estéril² frente a la Palabra de Dios. 2. Igualmente, el que pone trabas con su voluntad carnal —es decir, el hombre mundano— cuando escucha la Palabra de Dios, es asfixiado y llega a estar como privado de razón. Habitados como están a los errores perniciosos, estas gentes, cuando escuchan hablar de Dios, como si su inteligencia fuera iluminada por una aparición insostenible, experimentan un vivo disgusto. Es esto lo que dice el Apóstol: *El hombre psíquico no capta lo que [viene] del Espíritu de Dios: es locura para él*³. Y el profeta: la Palabra de Dios ha llegado a ser para ellos como vómito⁴. Mira que no es posible vivir en el mundo donde no se ha nacido.

3. También se puede escuchar el mismo tema de otra manera. Si el hombre carnal se esfuerza en transformarse, comienza por morir a este mundo y llega a ser estéril⁵ frente a su primera y antigua existencia en la maldad del mundo: entonces puede vivir para la Palabra de Dios. En efecto, el que quiere darse a otra vida debe renacer en relación a su primera y detestable vida.

4. Cuando uno es golpeado por la enfermedad o la fiebre, entonces el cuerpo está extendido sobre la cama, sin poder hacer nada de los trabajos de esta tierra; pero al mismo tiempo, la lengua habla de estos trabajos, y el espíritu no permanece en reposo: se agita y se preocupa de su oficio, se pone en búsqueda del médico y envía a sus amigos a buscarlo. De la misma manera, el alma que ha caído, después de la trasgresión del mandamiento, en la enfermedad de las pasiones, ha quedado sin vigor alguno. Pero si se aproxima al Señor, cree obtener su auxilio y reniega su primera y detestable vida, aunque el alma permanezca en la enfermedad del pecado sin poder realizar las obras de la vida en verdad,

ella guarda de todos modos el poder de fatigarse por la vida, de suplicar al ser, de buscar al verdadero médico.

3.1. No es verdad, como pretenden algunos que difunden doctrinas engañosas, que el hombre ha muerto de una vez por todas y que no puede hacer absolutamente nada bueno. Porque el hijo, también él, aunque no pueda aún realizar trabajo alguno y se encuentre incapaz de tenerse sobre sus pies para unirse a su madre, se arrastra, grita, llora para atraer la atención de su madre, y la madre se conmueve por esto, se regocija de que el hijo la llame con pena y gritos; si el recién nacido es incapaz de ir hacia ella, es ella misma la que, a causa de la ardiente búsqueda y del deseo del hijo, irá a su encuentro, encadenada como está por su amor al hijo; lo consuela y lo nutre con una inmensa ternura.

2. Igualmente, cuando la madre toma al niño, éste no se calma enseguida, sino que continúa llorando hasta que ella lo haya tomado en sus brazos y le haya presentado el seno para nutrirlo con su propia leche; y entonces las fuentes de leche se ponen a brotar y regocijan al niño. Así también, el recién nacido, cuando está reconfortado, consolado por la madre y acercado al seno, cuando se nutre de las delicias de la leche materna, llora aún, porque la madre ha tardado en atraerlo a sí y en consolarlo, y porque lo ha abandonado un gran tiempo a su tristeza. Igualmente si se le ofrece al recién nacido miríadas de platos, oro, plata u otras cosas, nada de todo esto le da gozo y reposo; no se deja distraer por nada de todo esto, sino solamente por el pecho de su madre; a su vista se serena, tomando su alimento está contento, viéndolo experimenta gozo y alegría.

4.1. De la misma manera, en todas las creaturas visibles y hasta en las bestias, sean cuadrúpedos o pájaros, la naturaleza salvaguarda, según un orden lógico, la ternura y el comportamiento hacia los pequeños, así como el afecto y el

amor de estos por su madre. Así, para tomar nuestro ejemplo de los pájaros, la golondrina hace su nido en las alturas, en un lugar elevado; se protege así de los reptiles, y allí nutre y cría a sus pequeños; los pequeños no atienden a la voz de ningún hombre, animal o cualquier otro, ni se distraen por todo esto, sino que escuchan sólo la voz de su madre en cuanto se despiertan y pegan gritos para llamarla. Y la golondrina, revoloteando por todas partes siguiendo su instinto, trae el alimento a sus pequeños y se lo da, moliéndolo para ablandarlo, para que sus pequeños puedan alimentarse normalmente y con beneficio.

2. Así sucede con las almas que permanecen aún en la puerilidad del mundo, son propensas a las pasiones e incapaces de realizar las obras de la vida a causa de la potencia de la malicia que se adhiere a ellas. Vienen a gritar, a buscar el auxilio dado por Dios y a fatigarse en el deseo de la vida eterna, llaman con sus llantos y sus gritos a la madre celeste, el Espíritu, sin satisfacerse con nada de este mundo, sin tener otro reposo que la participación en el Espíritu y su deseo por el alimento; 3. entonces la excelente madre celeste, la gracia del Espíritu, viene junto a las almas que la buscan; las levanta en sus brazos de vida, las calienta con el alimento espiritual y celeste de la leche deliciosa, deseable, santa, espiritual y pura⁶, para que sientan y conozcan al Padre celeste, y crezcan cada día por el progreso de la edad espiritual, hasta que lleguen a la estatura perfecta y alcancen *la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios*⁷, según la palabra del Apóstol: entonces ellas consiguen participar en la vida eterna.

5.1. Sólo Él, en efecto, el Señor, es capaz en su bondad y buena voluntad, de reunir los pensamientos del alma dis-

persos en el mundo en un solo pensamiento divinamente inspirado y dirigido hacia lo alto. La leche se derrama a causa de su fluidez y se deja derramar en el vaso a causa de su naturaleza sin consistencia, pero si se pone allí cuajo, se reúne en una masa firme y compacta. La harina también se expande a causa de su gran ligereza, pero si se pone allí levadura —como el Señor propuso tomando como ejemplo del reino de los cielos las tres medidas de harina, hasta que la masa se levante⁸—, la harina compuesta de múltiples granos se reúne en una masa unida bajo la acción del agua, y ¿quién puede hacerla sólida y útil para la alimentación de los hombres transformándola en pan, si no el fuego celeste?

2. De la misma manera, el alma estaba diluida en la gran blandura y la inconsistencia del mundo en razón de la predisposición resultante del acostumbramiento a las pasiones, y dividida en este mundo, como la harina, por la ligereza de sus pensamientos. ¿Quién puede unificar sus pensamientos dispersados y restablecerlos en un pensamiento sólido, divino y recto, si la fe del alma, la potencia de la gracia y el fuego celeste del Espíritu no los vuelven nuevamente castos y útiles al Padre celeste, poniéndolos ellos mismos a prueba, para que el alma pueda llegar a ser digna del reino de los cielos? 3. También, de manera semejante, el pastor junta con su voz en *un solo rebaño*⁹ a las ovejas dispersas¹⁰, y ellas le siguen, reunidas y guiadas por él. Desgraciado el rebaño que no tiene guía para conducirlo a los buenos pastos que él mismo conoce, porque los lobos y las fieras lo destruirán. Desgraciada el alma que no posee en sí, en plena conciencia, al guía y pastor de sus pensamientos, Cristo, porque los lobos y las bestias temibles, los espíritus del mal¹¹, dispersarán sus pensamientos y los aniquilarán.

6.1. Este discurso comporta dos aspectos, uno corporal y otro espiritual, porque poseemos un cuerpo y un alma: en efecto, todas las comparaciones se aplican corporalmente a la Iglesia, pero pueden también entenderse espiritualmente, para cada uno de nosotros, de la sinaxis y de la reunión de los pensamientos del alma. E igualmente, es aún posible aplicar la multiplicidad de granos en las espigas de trigo a otra realidad. En efecto, lo vemos reunido de todas partes, desde las numerosas tierras y campos donde estaba disperso, sobre un aire único; porque es aplastado y pisoteado por los animales, y ¿quién puede separar la paja del grano, si el soplo del viento no se eleva y no los separa uno del otro? 2. De la misma manera, ¿quién puede reunir en el aire del corazón el alma dispersada y extendida sobre la tierra del mundo —la seducción de las pasiones de este mundo—, y separar el pecado mezclado en ella y los pensamientos de la malicia, si el soplo celeste de Cristo no se levanta sobre ellos? El evangelista dice, en efecto: *Tiene en su mano el biello, y va a limpiar su aire; reunirá el grano en su granero, pero a la paja, la quemará en el fuego inextinguible*¹².

7.1. Oremos, pues, también nosotros al Señor y supliquémosle día y noche buscándolo a Él sólo, con esfuerzo del corazón y tierna afección, sin detenernos en objeto alguno del mundo —placer, gloria, poder o cualquier otro—, sino deseándolo únicamente a Él, para que reúna nuestros pensamientos dispersos, para que seamos dignos de su visita y de su solicitud: si nos atrae a sí y nos rodea con sus cuidados, llegaremos a ser dignos de la vida eterna. Así, purificados como un trigo puro, seremos depuestos por Él en el dominio de los cielos.

2. El trabajador o el jornalero quita todos los árboles, el forraje y la hierba, para el cultivo y la recolección del trigo, porque sabe bien que de eso obtiene su provecho y su seguridad; igualmente el trabajador bueno y verdadero de nuestra vida, el Señor, despejará y desechará, después de su segunda venida, a todos los pueblos y a todas las voluntades materiales y mundanas, al no serle de ninguna utilidad; vendrá hacia sus cercanos, sus fieles, sus amigos, los que lo aman a Él solo y están establecidos como un trigo excelente en el granero de su vida, y a ellos solos los reunirá; en cuanto al resto de los hombres infructuosos, los desechará como a heno estéril y los entregará al fuego¹³, porque no han hecho su voluntad.

3. Esforcémonos, pues, también nosotros en una conducta totalmente buena, y por la observancia de sus santos mandamientos seamos siempre fieles a todos los mandamientos de la vida y obtengamos la participación del Espíritu, para que, llegados a ser como un trigo purísimo, seamos dignos de ser reunidos con Él en el reino. Amén.

HOMILÍA XXVIII

1.1. Estimo que ahora me conviene también a mí enunciar las palabras del profeta: *He esperado como la que da a luz*¹, siempre ansioso del progreso del Espíritu en ti; un progreso que no se constata por la palabra ni por las sombras, sino que se realiza por una energía de verdad y por la potencia de Dios², según la sentencia del Señor: El reino no consiste en palabra, sino en acción y en potencia³, y también: *El reino está dentro de vosotros*⁴. Así, unos practican la filosofía de Cristo en apariencia, otros, en palabra también, y otros, igualmente por la acción; en efecto, los que lo hacen en la potencia de Dios⁵ son extremadamente raros. Pero sobre ellos vendrá el Espíritu Santo, y a ellos *la potencia del Altísimo los cubrirá con su sombra*⁶.

2. Es normal que toda alma que huye de la tristeza proveniente de la condenación infligida a Eva y que busca el gozo de María viva en la virginidad por el Esposo inmaculado, Cristo, de manera irreprochable y perfecta.

3. En efecto, así como reconocemos, en nuestro modo de pensar terrestre y en nuestras pasiones carnales, que somos hijos de Eva y de Adán, tenemos también que reco-

nocer nuestra adopción filial en nuestro modo de pensar celeste y en los sufrimientos de Cristo. *Poneos a prueba, examinados vosotros mismos, [ved] si estáis en la fe, si Jesucristo habita en vosotros*⁷. Pues, si llevando la imagen del hombre terrestre, sentimos la energía de los pensamientos malvados, vergonzosos y manchados, tenemos que sentir también, una vez que llevamos la imagen del celeste⁸, la energía del Espíritu santo y adorable.

2.1. Que la virgen sabia reconozca, pues, que debe tener en sí a Cristo como María; y como ella lo llevó en su seno, así debes [llevarlo] en tu corazón, y entonces podrás salmodiar con inteligencia⁹ y decir: *Gracias a tu temor, Señor, hemos concebido, hemos conocido los dolores, hemos dado a luz al espíritu de salvación*¹⁰. Es lo mismo que dijo el Eclesiastés: *Como [se forma] el embrión de la mujer encinta, así es el camino del Espíritu*¹¹.

2. Si tú posees, pues, este tesoro en tu vaso de arcilla¹²; si *El que ha dicho: que del seno de las tinieblas brille la luz, ha brillado en tu corazón para la iluminación del conocimiento*¹³ del Evangelio; si la paz de Dios¹⁴ reina constantemente en tu corazón; si con la santidad has alcanzado la paz que perseguías¹⁵; si Cristo ha venido a habitar en tu hombre interior¹⁶; si el Padre ha establecido su morada en ti con su Hijo único¹⁷; si has sido digna de la bienaventuranza en razón de la pureza de tu corazón¹⁸; si has llegado a ser templo de Dios y si su Espíritu ha venido a habitar en ti¹⁹; si

tienes, en la plenitud de la fe, el corazón purificado de una conciencia mala²⁰; 3. si *el Dios de la paz te ha santificado completamente así como a tu espíritu, tu alma y tu cuerpo intactos y sin reproche*²¹; si eres una virgen sabia que tiene su lámpara y el aceite en su recipiente²²; si sabes lo que significa *vuestros riñones [estén] ceñidos y vuestras lámparas encendidas*²³; si te has revestido del traje de bodas²⁴; si has recibido la experiencia de todo esto gracias a la actividad que se ejerce en el corazón, podrás ser dignamente dada en matrimonio al Esposo celeste; si no, aunque yo me calle, gritarán las piedras²⁵.

3.1. Yo testimonio, pues, ante mi Señor en persona y ante el Espíritu Santo adorable que, como una virgen de esta tierra, aunque reciba arras, y después de las arras, numerosos dones, aunque tenga pleno poder sobre todo el patrimonio, si no llega a la unión carnal, ella será extranjera al hombre del cual lleva el nombre.

2. Así, el alma que permanece virgen por Cristo, aunque reciba las arras por el bautismo —porque el bautismo representa las arras perfectas de la herencia futura²⁶— y, enseguida después del bautismo, beneficie con numerosos dones, palabra, interpretación, curación o cualquier otro carisma²⁷, pero no es favorecida con la unión con el Esposo incorruptible, ella permanece extranjera para Él. En efecto, la unción de alegría²⁸ y la vestidura de bodas²⁹ no se reconocen en los carismas, sino en la adopción filial misma, donde se encuentra la inmutable caridad.

3. Si tienes, pues, las arras del bautismo, posees el talento³⁰ perfecto, pero no lo haces valer, permanecerás imperfecto, y lo que es más, se te quitará. No pienses, pues, que eres algo por haber distribuido tus bienes en limosnas³¹. Si tienes la palabra, si hablas las lenguas de los ángeles y de los hombres³², no te enorgullezcas: no has alcanzado aún lo que es perfecto³³. Si tienes también la interpretación³⁴, no permanezcas allí. Si posees también toda la fe³⁵, ven en la caridad que no te permitirá caer. 4. En efecto, *la caridad no decae jamás*³⁶ y, como ella es inmutable, hace imposibles e inquebrantables a los que aspiran a recibirla. Así los carismas se realizan en vistas a un servicio, según la distribución querida por Dios,³⁷ para los que son aún niños e imperfectos, mientras que la caridad, como ya he dicho, hace imposibles e indefectibles a los que han sido favorecidos con ella, porque ella es Dios³⁸, como hemos aprendido en las cartas católicas.

5. Toda alma que sufre la influencia de pensamientos manchados y de imaginaciones perversas no permanece virgen por Cristo, porque se deja seducir por el adversario. Pero la que desea presentarse al Señor en la pureza vive en la castidad del corazón, como dice el que conduce a la novia: *Os he desposado con un único Esposo, como una virgen casta a presentar a Cristo; pero temo que, así como la serpiente sedujo a Eva con su trampa, vuestros pensamientos sean también corrompidos*³⁹. Todos aquellos cuyos pensamientos están corrompidos están en comunión con la corrupción del diablo, y no con la incorruptibilidad del Salvador. Por lo tanto, *¿qué comunión hay entre la luz y*

las tinieblas⁴⁰, o qué acuerdo entre el templo de Dios y los ídolos?⁴¹.

6. También, debemos creer en esta afirmación para leerla sin mentira: *Vivo, pero no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí*⁴². En efecto, aquellos en quienes Cristo no habita están muertos y no alaban a Dios legítimamente, porque está dicho por el Profeta: *No son los muertos quienes te alabarán, Señor*⁴³. Que la vida de Jesús⁴⁴ reine pues en nuestra carne mortal. Adquiramos en nosotros el Espíritu de Cristo, para pertenecerle, porque está escrito: *Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece*⁴⁵. Exterminemos a los pueblos que están en nosotros, digamos a Dios: *Dispersa a los pueblos que quieren la guerra*⁴⁶; *¡haz brillar el resplandor y los dispersarás!*⁴⁷. En efecto, somos nosotros quienes nos condenamos y no los israelitas, cuando decimos: No exterminaron a los pueblos que el Señor les había ordenado⁴⁸. Somos nosotros quienes nos condenamos, y no los ídolos: Nosotros tenemos orejas y no escuchamos, tenemos ojos y no vemos, no hay espíritu en nosotros⁴⁹.

4.1. Oremos también para que sean iluminados los ojos⁵⁰ de nuestra inteligencia, para que sepamos lo que significa esta frase: *Abre mis ojos, y en tu ley consideraré tus maravillas*⁵¹. Clamemos con todo corazón *Rabbuní*, para que recibamos la vista⁵². El que ve, aunque viva en la carne, no milita según la carne: *Porque las armas de su combate no*

*son carnales, sino que son capaces, con la ayuda de Dios de hacer caer fortalezas; destruyen los pensamientos de toda altura orgullosa erigida contra el conocimiento de Dios*⁵³. Elevemos sin cesar en nuestras oraciones manos santas, sin cólera ni disensiones⁵⁴. 2. Lleguemos a ser parientes del Señor, que se ha levantado de la tribu de Judá⁵⁵. Judaizemos en el secreto: Porque no es judío el que lo es por fuera, sino el que lo es en lo secreto⁵⁶, el que observa siempre el sábado haciendo reposar los vanos pensamientos y las reflexiones manchadas, el que ha recibido la circuncisión en su hombre interior. Así también nosotros debemos circuncidar el prepucio impuro del corazón⁵⁷, quitando lo superfluo del espíritu, es decir el aguijón de la muerte, el pecado⁵⁸, que fue expandido insidiosamente por el enemigo después de la desobediencia. Recibamos en nuestros corazones la ley espiritual de Dios, la que ha prometido en estos términos: *Daré mis leyes en sus corazones, y las escribiré sobre sus pensamientos*⁵⁹. David habla también así: *La ley de Dios está en sus corazones, sus pasos no tropiezan* ⁶⁰. Si pues quieres no tropezar, recibe la ley de Dios en el secreto, aquella que, por la santificación, te establecerá en la impasibilidad.

3. Esto es lo que nos sucede, o más bien sucede a Dios que tiene un pensamiento verídico y una palabra sin retorno. Una vez que hayamos recibido todo esto, oremos para tener el pensamiento de Cristo⁶¹ y andar en una vida nueva⁶², sin tener una cosa en el corazón y otra en la superficie. En efecto, Dios aborrece los comportamientos mentirosos y engañosos. Y por ello el Señor ha mostrado claramente y sin ambigüedad que lo que mancha al hombre sale del corazón,

del interior⁶³; al condenar al fariseo, o más bien a cada uno de nosotros, a causa de su ceguera interior respecto a los misterios de Dios, dice también: *Fariseo ciego, limpia el interior de la copa, para que el exterior llegue a ser también puro*⁶⁴. En verdad, el que ha puesto todos sus empeños en el más vivo brillo del interior, es decir, el que ha vigilado en todo su inteligencia y su alma, ése ha limpiado evidentemente al mismo tiempo el exterior.

4. También os suplico que no permanezcamos en los hábitos y comportamientos exteriores, [sino que] lleguemos a ser un templo de Dios⁶⁵, purísimo, y escuchemos al que nos exhorta: *Para que lleguéis a ser irreprochables y puros, hijos de Dios sin mancha*⁶⁶. Sí, irreprochable es el que no realiza iniquidades en su corazón, el que no tiene *ni mancha ni arruga ni nada parecido*⁶⁷, el que sabe lo que significa esta palabra: *Toda la gloria de la hija del rey está en el interior*⁶⁸ y no en el exterior, el que dice sin mentir : *Has puesto el gozo en mi corazón*⁶⁹, el que está marcado con el sello del rostro de Cristo o más bien en quien obra [Cristo], el que lucha para llegar a ser *hombre perfecto, en la estatura adulta de la plenitud de Cristo*⁷⁰, el que huye de la aprobación de los hombres, pero persigue la gloria que viene de Dios⁷¹ y obra con un corazón puro. Igual que el glorioso brillo de este sol obra sobre los ojos de carne, así también la gloria del Espíritu Santo obra sobre los ojos del hombre interior cuando están purificados.

5. También, el que se esfuerza por ser justificado mediante los actos virtuosos del hombre exterior y de su vana potencia se asemeja al que tiene el celo de Dios, pero no

según la ciencia⁷²; como el que, con el tiempo, debería ser un maestro, pero aún tiene necesidad de aprender, como el que se debería beneficiar del alimento sólido pero está aún a leche⁷³, como el que ha comenzado por el Espíritu y termina por la carne⁷⁴. Que este hombre sepa, pues, que toda la justicia del hombre exterior ha sido estimada por el profeta como un lienzo manchado⁷⁵, y por el Apóstol como excremento⁷⁶.

5.1. En cuanto a nosotros, debemos someternos a la justicia de Dios que se realiza en el hombre interior, donde el tribunal de Cristo se alza con el santuario inmaculado. *Allí está mi gran labor* —dice [el profeta]—, *hasta que entre en el santuario de Dios*⁷⁷, de manera que el testimonio de la conciencia⁷⁸ encuentre su orgullo en la cruz de Cristo⁷⁹, que ha librado nuestra vida de la corrupción y ha purificado nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto⁸⁰ en el Espíritu de Dios y no pongamos nuestra confianza en la carne⁸¹, para que sepamos lo que adoramos, como ha dicho el Señor: *Nosotros adoramos lo que conocemos*⁸². 2. El testimonio de todo esto, en los cielos, es fiel, porque *hablamos ante Dios, en Cristo*⁸³, sin tener otra opinión que ésta: *Es bueno que el corazón sea afirmado por la gracia y no se deje extraviar por doctrinas variadas y extranjeras*⁸⁴.

3. Oremos, pues, para que tú escapes a la buena reputación ante los hombres, que por lo que vemos toma a la gente con trampas hábilmente y con un arte consumado, y

para que la potencia de Dios no deje de guiarte; entonces, no te arriesgarás a dejarte vencer por los desprecios de los hombres, ni a enorgullecerte con sus felicitaciones.

4. Sé dócil con el que te conduce en toda su verdad⁸⁵. Que tu alma se una a Cristo como una esposa se une a su esposo; sí, este misterio es grande, me refiero a Cristo y al⁸⁶ alma irreprochable. Porque nadie está inscrito en la Iglesia de los primogénitos en los cielos⁸⁷, sino el alma irreprochable, y nadie es coronado *si no ha combatido siguiendo las reglas*⁸⁸.